

**-Universidad de la República**  
**Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación**  
**Monografía de Lingüística Histórica**  
**Prof. Agr. Magdalena Coll**

Elementos compartidos con el portugués de  
Brasil en los cuentos de José Monegal

**Ricardo Soca**  
**1.010.140-2**  
**25 de mayo de 2012**



## **1. Índice**

<b>1. Introducción</b>	5
1.1 Propósitos	5
1.2 Las lenguas habladas históricamente en el territorio del actual Uruguay	5
1.3 Monegal: la época de sus narraciones	6
1.4 Lenguas en contacto	6
1.5 La presencia africana	7
1.6 La lengua originaria común a Brasil y Uruguay	8
1.7 Precisiones sobre fuentes lexicográficas	8
1.8 Precisiones tipográficas	8
<b>2. Análisis lingüístico</b>	9
2.1 Nivel fonético-fonológico	9
2.2 Nivel morfosintáctico	10
2.3 Nivel sintáctico	12
2.4 Nivel léxico	12
2.4.1 Locuciones	12
2.4.2 Léxico	13
<b>3. Consideraciones finales</b>	38
<b>4. Bibliografía</b>	39



## **1. Introducción**

### **1.1 Propósitos**

En este trabajo me propongo aportar datos sobre los elementos lingüísticos compartidos entre el portugués brasileiro y el español del Uruguay, en términos fonético-fonológicos, morfológicos, sintácticos y léxicos, mediante el estudio de los rasgos que aparecen en los cuentos del escritor oriental José Monegal (1892-1968). Estas narraciones se refieren a la vida rural en una región que el autor no identifica con precisión, pero que se supone situada en su departamento natal de Cerro Largo, en el noreste del país, hacia fines del siglo XIX. En el lenguaje de sus personajes, y a veces en el del propio narrador, aparecen estos rasgos —ora propios del portugués brasileiro, ora pertenecientes a lenguas guaraníes o africanas y aun a variedades peninsulares— usadas por el autor para caracterizar el habla campesina novecentista del noreste uruguayo.

La caracterización de personajes mediante la incorporación de rasgos étnicos y regionales en su habla es un procedimiento frecuente en la literatura para identificar a uno o a varios personajes como pertenecientes a una etnia o a una región determinadas. En el caso de Monegal, este procedimiento se extiende a todos los personajes con el objeto de evocar literariamente, mediante marcas lingüísticas, una época en el ámbito rural del noreste uruguayo. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que en la literatura no podemos esperar una reproducción fiel, tal como se obtendría en una investigación lingüística, puesto que el objetivo del autor es otro. En este sentido, el lingüista brasileiro Milton M. Azevedo (2003:26) recuerda que “un diálogo de ficción tiene éxito, no por reproducir el habla, sino por evocarla de tal manera que los lectores la consideren convincente como representación literaria”.

Pero en Monegal no son solo literarias, en muchos casos aparecen en enunciados del propio autor, puesto que pertenecen a su isoglosa local.

Espero que estos datos contribuyan, aunque sea en la medida más modesta, a la comprensión de que abundan los elementos compartidos entre la lengua de Brasil y el español del Uruguay, no solamente por la herencia ibérica común que otorga peculiaridades propias al contacto. En efecto, la lengua guaraní se hablaba a ambos lados de la frontera desde mucho antes de la llegada de los conquistadores. Y los negros traídos como esclavos a estas tierras nos dejaron palabras africanas que pueden haber sido adoptadas a ambos lados de la frontera o recibidas por el contacto.

## **1.2 - Las lenguas habladas históricamente en el territorio del actual Uruguay**

En el territorio donde hoy se asienta el Uruguay, se hablaron hasta el siglo XIX muchas lenguas además de las diversas variantes del español de los conquistadores y colonizadores. El portugués de Brasil era el idioma que más se oía en las zonas del norte y el este, más cercanas a la frontera, mezclado con palabras del guaraní, lengua originaria de ambas regiones. Estas voces de herencia común permanecen hasta hoy, además de los topónimos, en nombres de plantas y animales de ambos lados de la frontera y en algunos casos como palabras de uso frecuente.

Por otra parte, los esclavos vendidos a la Banda Oriental, generalmente desde el Brasil, traían vocablos de sus lenguas africanas, frecuentemente mezclados con el idioma de sus amos portugueses. En muchos casos eran los propios amos blancos quienes incorporaban a la lengua lusobrasileña voces africanas que luego se diseminaban por todo Brasil y, más tarde, algunas de ellas nos llegarían por contactos de frontera.

Cabe recordar que en los hogares de la clase alta brasileña, las niñeras negras criaban a los pequeños transmitiéndoles palabras africanas, no solo a ellos sino también a sus amas, que generalmente eran poco ilustradas, lo que permitió que voces oriundas del continente negro se fueran incorporando a la variedad local del portugués y algunas, también al español del Uruguay.

A pesar de que generalmente se entiende que la variante lingüística del Uruguay es casi idéntica a la de la Argentina, lo cierto es que la presencia del portugués en nuestro territorio como lengua dominante durante largos años en las regiones noreste y este, incluso antes de la invasión de 1817, constituye un importante elemento diferencial. En efecto, en 1680, casi medio siglo antes de la fundación de Montevideo, el navegante portugués Manuel Lobo fundó enfrente a Buenos Aires, la Colonia del Sacramento, sobre la desembocadura del Río de Uruguay, dando a entender que Lisboa consideraba que la frontera del dominio español llegaba hasta ese río. A pesar de que la iniciativa colonizadora de Lobo no tuvo consecuencias lingüísticas en las regiones sur y oeste del Uruguay, ella ilustra el hecho de que los portugueses veían el territorio oriental como una especie de patio trasero ocupado solo en forma parcial por los españoles y criollos de Buenos Aires. Como consecuencia de esta presencia lusobrasileña, el Uruguay resultó un territorio

dividido entre un noreste con predominio lingüístico portugués y un suroeste más sujeto a la influencia española ejercida desde Montevideo y Buenos Aires.

El uso de los vocablos lusobrasileros retrocedió hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, a medida que la escuela pública llegaba a todos los rincones del país, quedando finalmente limitado a la franja fronteriza. Sin embargo, dejó un sustrato que marca hasta hoy, con vocablos, expresiones y formas sintácticas, las variedades rurales del español del Uruguay y en algunos casos se ha instalado en el léxico montevideano.

### 1.3 - Monegal: la época de sus narraciones

Monegal sitúa sus historias en una época en que las consecuencias de la reforma educativa iniciada por José Pedro Varela no habían llegado aún a las regiones de frontera. “Esto fue hace como noventa años. Fue un día domingo” (“La proclama de Casiano y Nazarena”)<sup>1</sup>; “El tercer domingo de enero del año 1895...” (“El caso misterioso del ciego Zacarías”)<sup>2</sup>. Pero a veces se va más lejos en el tiempo: “Allá por 1826 el país estaba profundamente convulsionado” (“Tributo”)<sup>3</sup> o incursiona en el siglo XX: “El 18 de febrero de 1902, mismo sobre el amanecer, doña Viriata Fontes puso el grito en el cielo” (El alegato del negro Peluquilla”)<sup>4</sup>. En alguna ocasión, llega incluso a cruzar la frontera con Brasil: “En cierto lugar del estado de Río Grande del Sur —llamado Campo Vermelho— vivía Siña Yoca” (“Siña Yoca”)<sup>5</sup>.

### 1.4 - Lenguas en contacto

En el habla de las criaturas de Monegal se oyen las resonancias del *sotaque* de los comerciantes portugueses y de los matreros *gaúchos* o criollos, el acento de los inmigrantes españoles, así como palabras y giros propios del habla de los indios y negros aquerenciados en las estancias, muchas veces fugitivos de Brasil. El campo oriental que Monegal retrata constituye un universo mágico poblado por blancos, negros, indios, mestizos y mulatos, criollos y españoles, brasileros y entrerrianos, peones de campo, matreros, caminantes, animales parlantes que imitaban las hablas y los acentos de la región, pulperos que imponían la ley en sus establecimientos, jueces y comisarios autoritarios cuyo poder no tenía otro límite que el de los estancieros ricos y poderosos a quienes servían.

En este universo, las palabras de diversas variantes del guaraní se mezclan con las sonoridades africanas del habla de los esclavos huidos de Brasil, las voces del portugués y de los incontables dialectos peninsulares, moldeando como resultante el lenguaje rural que el autor busca reproducir en sus personajes y que a veces también invade su propia narrativa. Con frecuencia se trata de palabras lusobrasileras que buscan adaptarse a la lengua local, en otros casos son calcos semánticos de

---

<sup>1</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*. p. 44 .

<sup>2</sup> *Cuentos escogidos*, p. 105.

<sup>3</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*. p. 21.

<sup>4</sup> *Cuentos escogidos*. *Ibid.* p. 170.

<sup>5</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*. p. 99

expresiones de Brasil que, oídas en español fuera de su contexto, parecen no tener sentido, como ‘dar con los burros en el agua’<sup>6</sup> pero que los lugareños entienden y tienen como propias, lo que les basta para sobrevivir en la oralidad.

Es por lo menos curioso que los peones rurales y los habitantes pobres de la campaña, abrumadora mayoría del *dramatis personae* del autor, vistan ‘mulambos’, como los africanos, o que muchos de ellos sean auténticos ‘lobizomes’, una creencia nacida por lo menos en la antigüedad clásica, si no antes; que los ataques de furia sean como ‘cumarises’ (ají picante) que se le suben a la cabeza a la gente; que criollos demasiado avispados tengan actitudes de ‘alarifes’, como los árabes, que las trifulcas se llamen ‘cafondós’, como los lugares yermos de África, o que el trasero lleve el nombre africano de ‘bunda’, común en el Brasil de hoy, y que las personas sean referidas como ‘vivientes’, igual que en las regiones rurales de Rio Grande do Sul.

### **1.5 - La presencia africana.**

Los esclavos africanos marcaron la lengua rural oriental con la rítmica sonoridad de sus *batuques*, sus referencias a los *macacos* y al poderoso y omnipresente *mandinga*, un grupo étnico del África y también un hechizo del continente negro que en tierras orientales llega a confundirse e identificarse con los demonios de matriz europea cristiana. Fueron llamados ‘yimbos’, vocablo que alude a negros y mulatos, tal vez una resemantización del nombre africano de una concha de mariscos o acaso alguna otra una voz afrobrasileña de etimología desconocida. Veremos asimismo en el capítulo léxico de este trabajo cómo la ‘marimba’, un instrumento de percusión africano también conocido en Brasil como *berimbau*, sufre un cambio semántico y se convierte en ‘paliza’. No hay constancia de que este cambio haya ocurrido en Brasil; es posible que de alguna manera haya surgido en nuestro territorio. En todo caso, todavía refería un instrumento musical en 1834, cuando Francisco Acuña de Figueroa registraba en su *Canto patriótico de los negros* la presencia de marimbas en Montevideo<sup>7</sup>.

### **1.6 - La lengua originaria común.**

El guaraní marca su presencia en ropas gauchescas como el ‘chiripá’, prenda usada inicialmente por los indios misioneros; el ‘vichará’, llamado *poncho-bichará* por los gaúchos, cuyo nombre proviene probablemente del guaraní *chará* (lana)<sup>8</sup>; en el ‘chirú’, con que se llama a los indios y mestizos, presente en la ‘chiruzá’, que aparece en el lunfardo y el tango rioplatense, y en el ‘camoatí’, el avispero que también puede aludir metafóricamente a un gran alboroto. El indio fue quien dio nombre a muchos de nuestros animales, como el temido ‘yaguareté’ o tigre

---

<sup>6</sup> Desarrollado más adelante, en el capítulo sobre expresiones idiomáticas.

<sup>7</sup> Ver la entrada léxica correspondiente en las páginas 31 y 32

<sup>8</sup> <http://es.wiktionary.org/wiki/chara>.



americano; o el ‘aguará’, el cánido más grande de Sudamérica; el ‘apereá’, confundido a veces con una rata de campo y el ‘capincho’, ‘carpincho’ o ‘capibara’, el roedor más grande del mundo. Fueron los indígenas del Cono Sur los primeros en llamar *guri* a sus hijos, desde el sur de Brasil hasta la Pampa.

### **1.7 - Precisiones sobre las fuentes lexicográficas**

En todas las referencias al Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) en que no se precisa la edición, me refiero a la vigésima segunda (2001). He tomado como principal referencia de nuestra variedad lingüística el reciente *Diccionario del español del Uruguay* (DEU 2011), de donde extraje casi la totalidad de las marcas diatópicas de los vocablos aquí considerados.

Otras fuentes uruguayas consultadas fueron Daniel Granada (1890[1957]), el *Diccionario uruguayo documentado (DUD)*, de Celia Mieres, Élide Miranda, Eugenia B. de Alberti y Mercedes R. de Berro. (1966); el *Diccionario documentado de voces del Uruguay (DDVU)*, de las mismas autoras(1971); el *Diccionario del lenguaje rioplatense*, de Juan Carlos Guarnieri (1979), *Uruguayismos*, de Marina López Blanquet (1992); *Lenguaje rioplatense*, de Brenda V. de López (1993) y *Uruguayismos* Úrsula Kühl de Mones (1993).

Me han sido de enorme utilidad, asimismo, el trabajo de Laguarda Trías *Afronegrismos rioplatenses* (1969), clásico sobre el tema, así como el artículo que Ildefonso Pereda Valdés publicó en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (1965). *El habla del pago*, de José María Obaldía (2006) me permitió tomar contacto, o situar diatópicamente, términos propios del habla del departamento de Treinta y Tres.

Todas las referencias a Houaiss corresponden al *Dicionário eletrônico Houaiss da língua portuguesa 2009.3*, elaborado por el Instituto Antônio Houaiss y editado en Río de Janeiro por Objetiva. Ltda. También ha sido una referencia importante sobre etimologías brasileras el *Dicionário etimológico* de Antônio Geraldo da Cunha, Nova Fronteira, 2ª edición, 10ª reimpresión, Río de Janeiro, 1998.

Otros investigadores brasileros que consulté fueron Jacques Raimundo y, de nuestros días, Yeda Pessoa de Castro, probablemente quien conoce más profundamente el papel y el el origen de los afronegrismos en la lengua lusobrasilera.

### **1.8 - Precisiones terminológicas y tipográficas**

He preferido llamar ‘brasilerismos’ o ‘lusobrasilerismos’ y no ‘lusismos’ a las palabras que nos han llegado desde Brasil porque se trata, en su abrumadora mayoría, de vocablos brasileros y no portugueses, o, en algunos casos, de lusismos resemantizados en Brasil (Ver Apéndice II), y por considerar que el portugués de Brasil está viviendo desde hace varias décadas una fase de cambio diatópico acelerado que lo diferencia del portugués europeo. Deseché el uso de ‘brasileño’ y ‘brasileñismo’, que es canónicamente correcto, por preferir ‘brasilerero’ y ‘brasilerismo’ de uso más común en nuestro país.

He utilizado comillas simples para marcar el uso metalingüístico de palabras en español y significados, mientras que las voces de otras lenguas las señalé con cursiva. Las referencias en una entrada a otro lema de este vocabulario, están en negrita.

## 2. Análisis lingüístico

### 2.1 - Nivel fonético-fonológico

En la adquisición de vocablos no castellanos en Uruguay aparecen cambios fonético-fonológicos; algunos debidos a la inexistencia en español de ciertos fonemas del portugués; otros por el cerramiento de algunas vocales en determinadas posiciones en el portugués de Brasil u otros, por cruce con otras palabras del español.

#### **apereá**

Este cerramiento se produce también en la segunda ocurrencia de /e/ en *apereá* que se cierra en /i/, formando diptongo con la /a/ final, como se puede ver en la entrada léxica correspondiente.

#### **barboleta**

Otro cambio vocálico ocurre en *barboleta*, voz en la que se abre el fonema /o/ de la sílaba inicial del étimo brasilero *borboleta*, quizá por cruce con ‘barba’, más familiar al hablante.

#### **cafondó**

Sin embargo, ocurre lo opuesto en *cafundó*, vocablo en que la /u/ se abre en nuestra variedad, tal vez por cruce con ‘fondo’.

#### **capibara**

En ‘capibara’, probablemente la semiconsonante [w] del guaraní *kapii gwara* cambió en portugués por la labiodental sonora y, en español, debido a la inexistencia de este fonema, se adoptó la bilabial fricativa sonora [β]. Si, en cambio, nos llegó directamente del guaraní, el cambio se operó sobre el par fónico [gw].

#### **chirú**

En *chirú*, gráficamente equivalente al vocablo brasilero, se africativiza el fonema palatal sordo /ʃ/ de esa lengua, que hasta las primeras décadas del siglo XX era desconocido en el español de esa región, para dar /čirú/.

#### **gurupí**

En *gurupí* se elide con frecuencia en el Uruguay el fonema /u/ de la primera sílaba. Esto no ocurre en Monegal, que toma la palabra tal como se da en portugués, pero el cambio antes señalado es recogido por el DEU (2011), que registra *grupí*, usual en el habla de Montevideo.

### **mulambo**

En la sílaba inicial del vocablo afrobrasileño *molambo*, en que el fonema /o/ se cierra, convirtiéndose en /u/, cerramiento que el autor reproduce en la grafía.

### **tijolo**

En *tijolo*, pronunciado en portugués /tižolo/ o /čižolo/, el fonema sonoro situado entre /i/ y /o/ se africativiza en español, a pesar de que el alófono [ž]—que hoy está en vías de desaparición en el Uruguay ante el avance del palatal sordo /š/ — era muy común en tiempos de Monegal.

### **vencedura**

En *vencedura*, se adopta gráficamente la <v> en sustitución de la <b> inicial del étimo portugués *benzedura*, sin duda por influencia del verbo 'vencer'. Además, se ensordece el fonema /z/, inexistente en español en posición prevocálica, que pasa a pronunciarse [s].

## **2. 2 Nivel morfosintáctico**

### **capibara**

En 'capibara', además del cambio fonético enunciado más arriba, se adopta en español el género masculino en lugar del epiceno usado en portugués (*a capivara*).

### **gurí**

Las flexiones de género y número del portugués, *guría* y *guríes*, se sustituyen en el Uruguay por 'gurisa' y 'gurises'. Análogamente en *chirú* hemos adoptado en el Río de la Plata el femenino 'chirusa' —en lugar del brasileño *chirua* [širúa]— y se reformula el masculino como 'chiruso'.

### **solito**

En el nivel morfosintáctico también merece una mención el caso de *solito*, que en el Uruguay aparece exclusivamente cuando se desea usar el diminutivo, pero que en los cuentos de Monegal, y probablemente en las zonas de contacto con la lengua de Brasil, se emplea sin intención de aplicar un diminutivo, tal como ocurre en portugués.

En esa lengua existe la misma ambigüedad que tenemos en español con el adverbio/adjetivo *solo*. En efecto, *só*, palabra registrada en esa lengua desde el siglo XIII,

equivale a nuestro *solo*, de modo que tanto puede ser adjetivo (*O João está só*), como adverbio (*Eu só quero dormir*). En castellano, a veces resolvemos la ambigüedad con el adverbio en *-mente* o, en la lengua escrita, hasta la aparición de la *Ortografía* de 2010, con una tilde en *solo* usado como adverbio.

En portugués también existe el recurso de la sufijación en *-mente* para el adverbio (*somente*), pero para el adjetivo se puede emplear también el sufijo diminutivo *-inho* precedido por la consonante protética *-z-* para formar *sozinho*. *O João está só* es perfectamente equivalente a *O João está sozinho*, aunque esta última forma es hoy más frecuente. No obstante, es preciso tener en cuenta que, en este caso, la sufijación en *-inho* no tiene valor de diminutivo; *sozinho* significa lo mismo que *só* con función adjetival. Ocurre sin embargo que los hablantes de español en contacto con el portugués suelen ver allí un diminutivo y, en lugar de ‘estar solo’ dicen ‘estar solito’.

Monegal recoge este calco semántico, que es muy frecuente, en el protagonista de su cuento “Trifón Menchaca”, ya mencionado: *Sus compañeros habían caído en llamarlo Trifón Solito pues este solito no se le zafaba de la jeta. ¡Déjenme solito, no me encalabrinen! Solito me lambo mejor, como el güey... Con par me despintan las cosas, déjenme recorrer solito, patrón...*

### **verbos - mantenimiento de regularidad perdida en español**

En las formas verbales como ‘saberemos’, ‘haberemos’, ‘podría’ no se trata propiamente de cambio, puesto que existieron en español hasta hace algunos siglos y bien puede tratarse de arcaísmos rurales, pero aun en ese caso no se puede negar la influencia de Brasil en su uso, por influencia del portugués, que mantiene vocal temática perdida en español.

A pesar de la síncope ocurrida en español, esas tres formas verbales se mantienen intactas en portugués: *poderia*, *saberemos* y *haverei* (esta última menos usada), de modo que determinar si su empleo en los cuentos de Monegal es un arcaísmo o un lusismo requeriría una investigación específica.<sup>9</sup>

Veamos este caso en el comienzo de “Cabo mocho”<sup>10</sup>, cuando dos jinetes se apean para dar descanso a los caballos: Uno de ellos dijo: —*Parece güen pago, capitán. — Eso lo saberemos después —habló el otro.*

En “Drama”<sup>11</sup> ‘habría’ aparece antes de una subordinada de infinitivo, denotando necesidad o conveniencia: *A medida que se apartaba del monte, meditaba: Esto no es cerco... habría que alambrar de nuevo...*

También en “Drama” encontramos el mantenimiento, en el verbo *poder*, de una vocal temática perdida en español, en ‘podría’, equivalente al portugués *poderia*: *Poco después un hombre, de pie ante el capataz, dijo: —Voy de paso, don, y mojado. ¿Podría hacer noche aquí?*

<sup>9</sup> En todo caso, vale la pena tener en cuenta la semejanza morfológica existente entre ‘saber’, ‘poder’ y ‘haber’, que permite irregularidades paralelas como ‘supo’ ‘pudo’ y ‘hubo’.

<sup>10</sup> *Cuentos*. p. 33.

<sup>11</sup> *Cuentos escogidos*, p. 37. Hay otro cuento diferente con el mismo nombre en *Cuentos*, p. 69.

En “Trifón Menchaca”<sup>12</sup>, ‘haberé’ es auxiliar, formando el futuro compuesto de indicativo de ‘dar’: *Y ahí jué que salí de viaje por el aire. Dispués reboté, haberé dao lo meno veinte saltos, me dentró una cerracina y me despedí del mundo.*

### 2.3 - Nivel sintáctico

En portugués es habitual contestar afirmativamente una pregunta utilizando el mismo verbo empleado por quien inquiere. Así, a la pregunta *¿você já almoçou?* se responderá frecuentemente “*almocei*” y a *¿você foi trabalhar?* se contestará “*foi*”, lo que es poco frecuente en español.

Sin embargo, es así como responde el peón Fermín Perdomo al pedir empleo en una estancia, en “De cómo el peón Fermín Perdomo fue el sargento Juan Guadalupe”<sup>13</sup>:

—*¿Sabe trabajar en estancia?*

—*Cualquier trabajo.*

—*¿Sabe trenzar?*

—*Sé trenzar.*

—*¿Doma?*

—*Domo.*

### 2.4 - Nivel léxico

Se expone aquí el léxico brasilero recogido en los cuentos de Monegal, incluyendo en él, además de los lusobrasilerismos, las voces de estirpe africana o indígena compartidas en ambos lados de la frontera y no necesariamente oriundas de Brasil, pero cuyo uso ciertamente se ha visto fortalecido por el contacto. Estudiamos este nivel en dos aspectos: expresiones y vocablos. No se incluyen elementos históricamente comunes a ambas lenguas peninsulares, a menos que se hayan perdido en alguna de ellas y más tarde recuperado en la región debido al contacto.

#### 2.4.1 - Locuciones

##### **dar con los burros en el agua**

La expresión *dar com os burros na água*, propia del portugués brasilero, significa ‘fracasar’, ‘fallar’ en algún proyecto o iniciativa (Houaiss 2009). Recogida en *Mil dichos del español del Uruguay* (2003) con el significado de ‘fracasar’, es abandonada en el DEU (2011), y no encontramos otras referencias en la lexicografía uruguaya. Monegal pone esta expresión en *La extraña procesión* en boca de un estanciero más que avaro, miserable, tanto que, al ver a su mujer desesperada por la falta de dinero, le decía: *Pero mujer, ¿por qué me sale siempre con eso de la comida y qué sé yo? Si no cuidamos los pocos cobretes que tenemos, al final vamos a dar con los burros en el agua.*<sup>14</sup>

Otro de los pocos casos que pude hallar en castellano figura en la versión taquigráfica del Senado de la República, en la sesión del 20 de agosto de 1996<sup>15</sup>,

<sup>12</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*. p.

<sup>13</sup> *El tropero macabro*, pp. 33-34.

<sup>14</sup> *Cuentos*, p. 70.

<sup>15</sup> Consultado el 10 de febrero de 2012.

cuando el entonces senador Jorge Batlle advertía: [...] *si no forzamos, buscamos o alimentamos mecanismos para poder establecer gobiernos que funcionen, hablando pronto y mal vamos a dar con los burros en el agua.*

### **estar con la macaca**

En el portugués de Brasil *estar com a macaca* significa ‘estar de mal humor’, ‘estar con poca paciencia’, o también, ‘deprimido’.

Según el autor brasileño Jacques Raimundo (1936) esta locución, en lengua congoleña, alude a un vocablo diferente, que puede ser *omakaka*, ‘crisis o explosión de risa que, en las ceremonias de hechicería solía resultar funesta para quien la sufriera’. Por otra parte, según él, los negros solían referirse a quien estaba con la marca de un latigazo o de un golpe, *kala le mukaka* ‘está con la marca del golpe’. Es posible que al tomar contacto con el portugués *mukaka* haya adquirido los semas de ‘impaciencia’ y ‘mal humor’ señalados arriba.

El significado de impaciencia es el que parece señalar Monegal en el cuento “El durazno embrujado”<sup>16</sup>. El personaje Eberildo se había levantado de la mesa de pulpería en la que bebía con un recién conocido y se levantó para ir a consultar a una hechicera, asegurando que volvería para el almuerzo. Cuando volvió, tres horas después, *el aparcero de la mesa ya estaba con una macaca que parecía un orangután.*

## **2.4.2 Léxico**

### **aguará**

Es el nombre del cánido más grande de Sudamérica, con la denominación zoológica de *Chrysocyon brachyurus*; se encuentra en los países del Cono Sur. Tiene 1m30 de largo, pelaje anaranjado y cola corta y blanca. En Brasil es conocido por ese nombre, aunque se prefiere *guará*. Su nombre proviene del guaraní *agua’ra* ‘mamífero’. En Uruguay, en cambio, la aféresis es poco usada y, según el DEU (2011), se emplea más frecuentemente *aguará*.

En Monegal, lo encontramos como nombre propio en una fábula con animales parlantes, “Camino de la sierra”, en la que el respetado Don Aguará<sup>17</sup>, en nombre de los demás animales, interpela a los hombres por ser *tan sin yel y tan sanguinarios*.

### **alarife**

En la región uruguaya de frontera con Brasil, toma preferencialmente la denotación brasilera de ‘el que aparenta ingenuidad para engañar’, ‘astuto’ o ‘aprovechador’ (Houaiss 2009).

Se trata de un vocablo muy antiguo procedente del árabe hispánico, lengua en la cual significaba ‘arquitecto’ o ‘maestro de obras’, pero en portugués pasó a referir al ‘sujeto que se hace el tonto para engañar, malicioso, capaz de traicionar la confianza depositada en él’. En *Autoridades* (1726) ‘alarife’ aparece definido como maestro de obras, sin otras connotaciones. Apenas en 1950 surge en el

---

<sup>16</sup> *Nuevos cuentos*. p. 120.

<sup>17</sup> *Cuentos Escogidos*, p. 34. El mismo personaje aparece en la novela *Juan Pedro Camargo*.

DRAE, además, la marca diatópica *Argent.*, con la denotación de ‘persona lista y avisada’, marca que desaparece en las ediciones de 1956 y 1970, para resurgir a partir de 1983, ahora marcado ‘*Argent. y Urug.*’ y, como adjetivo, ‘*Urug. jactancioso*’, un cambio semántico inducido sin duda por el portugués de Brasil. En la última edición del DRAE, figura, con marca *Arg. y Ur.*, la acepción de ‘persona astuta y pícaro’ y, como *Ur.*, ‘jactancioso, seguro de sí mismo’, la misma acepción que ofrece el DEU. En Úrsula Kühl de Mones (1993) figura como ‘persona que obra con astucia y picardía’, contrastado en esa obra con el peninsular ‘espabilado’.

Corominas define la voz árabe con la denotación, en esa lengua, de ‘hombre entendido en construcción’ procedente de la raíz *araf* (conocer, saber), también presente en Nebrija. Para el etimólogo catalán, la acepción de ‘pícaro’, presente en las obras gauchescas, se explica con base en la idea de ‘entendido’, ‘experto’. Lapesa afirma en su *Historia de la lengua española* (1981:156) que en español “el nombre de alarife se conservó únicamente en la memoria de los eruditos”.

La acepción que encontramos en autores rioplatenses coincide con la del portugués de Brasil, lengua en la cual la acepción de ‘maestro de obras’ está marcada como arcaísmo y se señala como adjetivo de uso corriente la denotación señalada más arriba. En *Contos gauchescos* (1912), de Simões Lopes Neto (Corpus Davis), aparece: *Um deles, mais alarife, propôs que fugissem... que era melhor ser carambola do que ser estaqueado... (Uno de ellos, más avisado, propuso huir... que era mejor estar fuera de la ley que ser estaqueado).*

En los cuentos de José Monegal, los personajes calificados como ‘alarife’ representan siempre a alguien más despierto, más vivo, que en general se sitúa un poco por encima de los demás, al menos en pretensiones, viveza o apariencia. En *El durazno embrujado*, un paisano pobre, enamorado de la hija del hacendado, emplea esta palabra para describir al prometido de la joven: *Es hija del patrón y tiene ya promesa formal con un mozo muy alarife. No, amigo, no es pa mi pico.*

En Serafín J. García, parece tener una denotación de ‘despierto’ o ‘astuto’, al menos para el personaje Don Juan el Zorro<sup>18</sup>: *Y, ya con la pulga en la oreja, mandó llamar a su alarife amigo el Terutero y le pidió que averiguase la verdad del caso.*

En el CORDE no hay ocurrencias de Uruguay, pero aparecen seis de Argentina, todas ellas en poemas gauchescos, con el sentido de ‘astuto’ o ‘aprovechado’. Una de ellas, en *Aniceto el gallo* de Hilario Ascasubi (1872), corresponde a un ‘terutero alarife’, que probablemente habrá inspirado a Serafín J. García:

[...]  
*allí, por el mesmo medio  
de las orejas del caballo blanco  
un terutero alarife  
le descargó un trabucazo,  
que estornudó el comendante*

---

<sup>18</sup> García, Serafín J. *Las aventuras de Juan el Zorro*. Montevideo, Kapelusz, 1979, p. 63.

*con el humo del tabaco;  
pero en seguida no más  
le cerró piernas al blanco  
y atropelló el terutero  
[...]*

Quedaría por investigar si esta palabra llega a las regiones rurales rioplatenses proveniente de Rio Grande do Sul, o si se trata de un arcaísmo hispano que llegó simultáneamente a ambas fronteras. Sin embargo, dos elementos parecen fortalecer la primera hipótesis: a) la inexistencia del significado portugués en el español patrimonial y b) la aparición de esta denotación, registrada históricamente en Portugal, exclusivamente en Brasil y la zona del Plata.

### **apereá**

El apereá (*Cavia aperea*) es un roedor de amplia distribución en Sudamérica. El DEU (2011) lo define como un animal “de 32 centímetros de longitud, de color grisáceo o pardusco, cabeza relativamente grande, orejas pequeñas redondeadas y patas cortas”. El DRAE agrega el detalle de que no tiene cola y le atribuye una longitud de 25 centímetros; Guarnieri (1979) y López Blanquet (1993) coinciden en que se trata del mismo roedor conocido en la región como ‘cui’. La subespecie que es hallada en el Uruguay en la Argentina es conocida como *Cavia aperea pamparum*, mientras que en el Brasil habitan el *Cavia aperea resida*, en el sur, y el *Cavia aperea northiski safade*<sup>19</sup>. Sin embargo, Granada (1957 [1890]) sostiene que “los cuíes difieren notablemente de los apereaes del Río de la Plata”. En realidad, se trata de dos especies diferentes, ambas pertenecientes al género *Cavia*; el cui o conejillo de Indias es *Cavia porcellum*. La grafía *apereá* se verifica por primera vez en Brasil en documentos de 1587, según Houaiss (2009), que marca este nombre como ‘poco usado’ dando preferencia a *preá* en el portugués de Brasil.

La palabra proviene del guaraní *apere’a*, del mismo significado y en las zonas rurales del Uruguay suele pronunciarse /aperiá/, con plural ‘aperiases’ en el habla rural, que figura incluso en el título de un libro de Javier de Viana.<sup>20</sup>

Monegal registra este cerramiento del fonema /e/ en el habla de un perro, el Barbilla, “animal de brazos combaos, feo como el diablo, pero poseedor de una gracia tremenda”, quien, en “Las razones de la crucera”<sup>21</sup>, conversando respetuosamente con la temible serpiente de ese nombre, le reconoce: *Tiene su buche más que rigular pues se engulle un aperiá entero y es aperiá que se funde enseguida*.

### **barboleta**

---

<sup>19</sup> International Union for Conservation of Nature (IUCN) <http://www.iucnredlist.org/apps/redlist/details/4064/0>, consultado el 16/12/2011.

<sup>20</sup> De Viana, Javier. *Potros, toros y aperiasas*. Montevideo: Claudio García, 1923

<sup>21</sup> *Cuentos*, p. 122



Definido por el DEU (2011) como una ‘efímera de color amarillento de unos 2 cm de longitud, abdomen grueso y alas membranosas’ y también como ‘nombre común de varias especies de varias familias y géneros del orden de las *Ephemeras*’ en el Norte, Lavalleja, Rocha y Treinta y Tres; equivale a ‘polilla’ en Lavalleja, Rocha y Treinta y Tres, y a ‘mariposa’ en Artigas, Rivera y Tacuarembó.

La palabra proviene del portugués *borboleta* ‘mariposa’. Da Cunha (1997) menciona una forma *berbereta* en el siglo XVI, y le atribuye un étimo latino *belbellita*, calcado de *bellus* (bello, bonito). Sin embargo Houaiss (2009), quien admite que el origen es controvertido, supone un radical *papill-* relacionado con el latín *papilio*, *-onis* ‘mariposa’, el mismo origen del francés *papillon*<sup>22</sup>, aunque no es fácil advertir la derivación, que probablemente se base en la repetición de una bilabial oclusiva en las dos primeras sílabas y una lateral en la tercera. Plinio y Ovidio llamaban *papilio*, *-onis* a las mariposas<sup>23</sup>.

En Monegal la palabra no aparece en su uso más común, sino como apodo de un paisano, el protagonista de “Adán y Eva según el pardo Barboleta”<sup>24</sup>, “un pardo muy sabihondo con puntas de misterioso”, que cuenta u propia versión de la historia de Adán y Eva, un tanto diferente de la narrada en el Génesis.

### **batuque**

El DEU (2011) equipara esta palabra con ‘quilombo’ en sus acepciones de ‘bullicio, alboroto’ y ‘reyerta’. No hay consenso en cuanto a la etimología. En portugués significa ‘golpear reiteradamente’ o ‘hacer ritmo o barullo de esa manera’. Para Da Cunha (1997) se forma a partir del verbo *bater* ‘golpear’ en portugués, mientras que López Blanquet (1993) y Guarnieri (1979) coinciden en que se trata de una palabra de origen africano. Las hipótesis no son excluyentes: el vocablo puede provenir de *bater*, eventualmente con un sufijo africano que habría que investigar. Según el DDVU (1971), “es alusión a los bulliciosos bailes de los negros”.

Sin embargo, Laguarda Trías (1969:53) cita al autor brasileño Jacques Raimundo, quien afirma que *batuque* es una danza de Angola y el Congo. En los cantos que acompañaban este baile entraba la expresión *kubat’ uku* ‘aquí’, ‘en esta casa’, de la cual, según él, se formó *batuque* para designar la danza.

Esta cita de Raimundo no tiene fecha, pero en su obra *O negro brasileiro* (1936:119), el autor dice otra cosa con respecto a *batuque*: “Los indígenas de Angola y del Congo, como los de la Contra-Costa, lo tomaron de los portugueses”.

El mismo Laguarda Trías menciona, aunque sin darle mucha importancia, el vocablo ‘batuquero’ que aparece en *Autoridades* con marca de ‘jocoso’ con el significado de ‘meneo de cosa líquida hecho con violencia’ y se inclina más bien por la hipótesis de que se trata de un término venido de Brasil, por lo que considera “inadmisibles” su inclusión en el lunfardo o en el lenguaje campesino.

---

<sup>22</sup> [http : //atilf.atilf.fr](http://atilf.atilf.fr). *Trésor de la langue française informatisée*.

<sup>23</sup> Saraiva, F. R. dos Santos, *Dicionário Latino-Português*. Rio de Janeiro: Livraria Garnier, 1927

<sup>24</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*, p. 104 y ss.

La opinión más reciente es de Yeda Pessoa de Castro (2001), quien afirma que *batuque* se forma con el término quimbundo *vutuqui*. Tal vez la apofonía en la *u* inicial se deba a la influencia del portugués *bater* (golpear).

En Monegal lo hallamos en “Descasamiento”<sup>25</sup>, en un enunciado del pardo Meireles, quien se expresaba *en un habla ungida de acento fronterizo: Y ya que vido a la niña Laudelinda correr por el trillo que correu, y a la mama ganharle a fiador nel son del lloro, y por tres cuerpos a la negra Maruca en el batuque que levantou, tiña de sobre*<sup>26</sup>.

En el cuento de Monegal “El caso misterioso del ciego Zacarías”<sup>27</sup>, la palabra alude precisamente a una reyerta ocurrida en una fiesta: —¿Tá por áhi don Santos? —Hizo prender enseguida del batuque. Ha de estar ya por llegar a su casa.

En un texto publicado en 1843 en el periódico ‘El Tambor de la Línea’, citado por Lauro Ayestarán y tomado de allí por Coll (2010), bajo el título “Batuque”, se menciona la forma *batuqui*, al parecer propia de la lengua *bozal*, como se llamaba la forma de hablar de los esclavos africanos.

### **bunda**

En Brasil, *bunda* es el nombre de la región glútea, las nalgas, incluyendo el ano. La palabra proviene del quimbundo *mbunda* ‘caderas’, ‘nalgas’. En Brasil se usa también con denotación peyorativa, como ‘ordinario’ o ‘de calidad inferior’ (Houaiss 2009).

El DEU registra su uso coloquial con el significado de ‘cola’ (trasero) en los departamentos de Artigas, Rivera, Rocha, Tacuarembó y Treinta y Tres, con marcas de ‘espontáneo’ y ‘festivo’.

Monegal pone esta palabra en boca del protagonista de cuento “El caso del paisano Aniceto Ortega”<sup>28</sup>, quien se queja ante el pulpero Paredes por el tamaño del fondo de sus vasos, que hace disminuir la cantidad de ginebra que cabe en ellos: *He visto, don Paredes, que sus vasos se tan poniendo como negra mina o como mosca queresera: pura bunda. Y es asina que por esa suerte pa usté y disgracia pa mí, el precio no merma, anqué la giniebra sí.*

### **cabortero**

Adjetivo deverbale que se refiere a un caballo mañoso, procedente del brasileño *caborteiro*. Saber adiestrar un potro sin dejar que adquiera mañas es la marca de prestigio de un buen domador. La palabra se emplea en el portugués de Río Grande do Sul a partir de *cabortar* o *cabortear* ‘actuar una persona de mala fe o valiéndose de ardidés’ (Houaiss 2009). En el dialecto de Río Grande do Sul, *caborteiro* se aplica también a los caballos ariscos, que no se dejan dominar o no obedecen al jinete. La etimología de estas voces es poco clara. Nascentes, citado

---

<sup>25</sup> *Nuevos cuentos*, p. 50.

<sup>26</sup> *Nuevos cuentos*, p. 56.

<sup>27</sup> *Cuentos escogidos*, p. 108.

<sup>28</sup> *Cuentos escogidos*, p. 113.

por Houaiss (2009), afirma que *cabortar* “es palabra expresiva”, lo que dice muy poco sobre su origen.

En Monegal la encontramos en “La razón del indio Jesús Paladino”<sup>29</sup>, cuando el protagonista busca el reconocimiento del hacendado Apolinario Bejeres por los servicios que le prestó: *De los cuatrocientos baguales, sobre más o menos, que le trabajé ¿alguno salió cabortero?*

### **cafondó**

Afrobrasilerismo por *cafundó* ‘lugar yermo, de difícil acceso, lejano y poco habitado’, con apertura del fonema /u/. Houaiss y Da Cunha coinciden en que se trata de un vocablo de origen africano, pero admiten que no han logrado hasta ahora identificar su étimo. Sin embargo, en 1933 Raymundo<sup>30</sup> afirmaba que proviene de *kan-fundo*, con pronunciación aguda por sufijación con el demostrativo -ó o tal vez el quicongo -ndó ‘distancia’. No encontramos fundamentación en el corpus para la denotación de ‘café ordinario, muy barato’ mencionada por Brenda V. de López (1993).

Los diccionarios uruguayos ignoran tanto ‘cafondó’ —la forma preferida por Monegal—, como *cafundó*. Sin embargo, Laguarda Trías (1969:33) menciona una voz africana *cafundó* con la denotación de ‘clavar’. Monegal recoge una resemantización del vocablo, —confiriéndole una denotación de ‘tumulto’ o ‘desorden’— de la que parece no haber registro lexicográfico. En efecto, en *La tranca de Calderón*<sup>31</sup>, pone la palabra con este significado en boca de un pulpero quien, tras cerrar el boliche después de una homérica pelea de borrachos, le dice así a su mujer: *He carculao, Casimira, que cada trancazo me sale, por sobre más o menos en unos tres patacones en botella, vaso y mesas despatarradas. Pero esto dentro en la ganancia porque sin la tranca quién sabe a cuánto salería cada cafondó.*

En otra reyerta semejante, narrada en “El caso misterioso del ciego Zacarías”<sup>32</sup>, don Polidoro Correa, que presidía un baile, arroja un balde de agua sobre el comisario Isaías Rotela, expresando, colérico: *Es la primera vez que, desde mi bisagüelo, en mi casa se da un cafondó como éste.*

A continuación, el autor interrumpe la narración para formular, entre paréntesis, un inesperado y no muy bien fundado comentario lexicográfico: *(Advertimos que cafondó no figura en ningún diccionario español, ni portugués, ni guaraní; tal vez haya surgido en la frontera con una sílaba de expresa palabra de cada idioma).*

### **camoatí**

---

<sup>29</sup> *Cuentos escogidos*, p. 41

<sup>30</sup> RAIMUNDO, Jacques. O elemento afro-negro na língua portuguesa. Rio de Janeiro. Renascença Editora, 1933. Citado por Nei Lopes en *Novo dicionário banto do Brasil*, Pallas, 2003

<sup>31</sup> *Cuentos escogidos*, p. 55.

<sup>32</sup> *Cuentos escogidos*, p. 105

Es el nombre con el que se designan varias especies de avispas de Argentina, Brasil y Uruguay, en especial las de la especie *Polybia scutellaris*. Por metonimia, se llama también así el avispero grisáceo y recubierto de púas construido por este insecto himenóptero.

El nombre proviene del guaraní *kava* ‘avispa’ y *aty* ‘reunión’, por lo que difícilmente se podría afirmar que proviene del portugués; parece más bien un legado común de la lengua originaria de los países de la región (Houaiss 2009).

En Brasil se prefiere la forma *camoatim*, aunque Houaiss también menciona *camoati*.

En español no encontramos ningún caso de empleo de ‘camoatí’ para denominar la avispa, lo que coincide con la definición del DEU (2011), que se refiere solo al avispero.

En su cuento *La soberbia*<sup>33</sup>, Monegal se refiere a la presencia de un camoatí: *Y en el agua miró, con tremenda emoción, que la tararira dormía, no la siesta sino el sueño del amanecer. Y no vio —por tal motivo— que allí prosperaba armoniosamente un camoatí*<sup>34</sup>.

En “La línea”<sup>34</sup>, otro camoatí impresiona al lector por el ruido de las avispas que lo habitan: *No habían luces; pero subía al cielo un ruido de camoatí que vibra en la noche hasta que la aurora abre la armonía de las avispas en vuelo.*

Como es frecuente en el lenguaje rural rioplatense, el *camoatí* de Monegal forma su plural mediante la flexión arcaica en *-ses*, y a veces cierra la *o*, según podemos advertir en *El general*<sup>35</sup>: *Que aura sé lo que es un general. ¡Petizo y tuito había sido más malo que jinetiar burros en playo! ¡Aquellos jué como destapar una bolsa con tres camuatises adentro.*

Los plurales en *ses*, como ocurre en *ajises*, *cafeses*, *papases*, *pieses*, *sofases*, *teses*, están documentados, con distinto nivel de aceptación, en las Antillas, Colombia, Panamá, Perú, Venezuela.<sup>36</sup> El uso de este plural aparece documentado, además, en títulos de obras relevantes de autores nacionales, como *Tacuruses*, de Serafín J. García (1953)<sup>37</sup>.

### capibara

Indigenismo que tal vez nos haya llegado del portugués *capivara* o como legado común del guaraní, es el nombre del carpincho (o capincho). En cualquier caso, la influencia de Brasil parece reafirmarse ante el hecho de que ‘capibara’ es más usada en regiones cercanas a la frontera con Brasil para denominar el *Hydrochoerus hydrochaeris*, con base en la etimología griega *ýdor* = agua +

---

<sup>33</sup> *Cuentos escogidos*, p. 35

<sup>34</sup> *Cuentos escogidos*, p. 55

<sup>35</sup> *Cuentos*, p. 96

<sup>36</sup> Ramírez, María Vaquero de. *El español de América II. Morfosintaxis y léxico*. Madrid: Arco Libros, 1996. Disponible también en línea en <http://bit.ly/xsyBP0>

<sup>37</sup> Ver también nota 22 (aperiasas) y la entrada sobre **cumbarí**.

*joiros* = porco. Con un peso de hasta ochenta kilogramos, el carpincho es el roedor herbívoro más grande del mundo<sup>38</sup>.

Según el DRAE, este mamífero sudamericano se llama ‘carpincho’ y, en el Uruguay, tiene también la forma ‘capincho’, aunque todas las obras lexicográficas uruguayas consultadas manifiestan preferencia por la primera, con excepción de Granada (1890[1957]). Todas estas variantes proceden del guaraní *ka'pii* ‘pasto’ y *gwara* (comedor).

El DRAE indica también que el nombre ‘capibara’ se usa en Argentina y Perú, pero los dos casos que aparecen en el CORDE corresponden a España, mientras que en otros corpus<sup>39</sup> hallamos ‘capibara’ en textos de Paraguay y Venezuela.

En Rio Grande do Sul se adoptaron tanto ‘capincho’ como ‘carpincho’, pero en el resto de Brasil se ha preferido el nombre ‘capibara’, epiceno en esa lengua, aunque masculino en español. No parece verosímil la hipótesis de Nascentes<sup>40</sup>, quien afirmaba que *capivara* se derivaba del español rioplatense ‘capincho’, cuando la palabra está morfológicamente mucho más cerca del étimo indígena originario.

En Monegal encontramos ‘capibara’ como nombre propio en uno de sus cuentos sobre animales parlantes, “Incidente en el Queguay”<sup>41</sup>, uno de cuyos personajes principales era ‘don Capibara Arruda’, un carpincho dotado de la facultad del lenguaje.

### **carcamán**

Es una ‘persona decrepita o achacosa’, según el DEU, significado idéntico al que el DRAE atribuye a ‘carcamal’, forma preferida por autores españoles como Ramón Valle-Inclán, Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno y Vicente Blasco Ibáñez (CORDE).

También en el CORDE, ‘carcamán’ aparece usado por José Mármol e Hilario Ascasubi, preferencia que tal vez esté vinculada con el portugués brasileiro *carcamano* ‘apodo jocoso que se da a los italianos’. Según Gobello (1994), el vocablo proviene del castellano ‘carcamal’, con la denotación de ‘viejo achacoso’, pero sería difícil afirmar con certeza cuál es el origen del uso que se le da al término en las regiones rurales del noreste del Uruguay, zona en la que el portugués y el español interactúan desde hace cuatro siglos.

Monegal emplea ‘carcamán’ con la denotación canónica de ‘persona achacosa’ en varios de sus cuentos; en “Cuestión en la sierra”<sup>42</sup>, un personaje recurrente, el burro parlante Jeromildo, interrumpe, furioso, una discusión entre una vaca y una yegua a la hora de la siesta: *¡Basta, carcamanas de Mandinga! ¡Me han cortao la siesta en lo más projundo, sotretas!*

---

<sup>38</sup> Wikipedia en portugués, consultada el 27 de diciembre de 2011

<sup>39</sup> www.corpusdelespanol.org y ngrams.googlelabs.com.

<sup>40</sup> Nascentes, Antenor. *Dicionário Etimológico Brasileiro*, Rio de Janeiro. Livraria F. Alves. 1952

<sup>41</sup> *Cuentos escogidos*, p. 131.

<sup>42</sup> *Nuevos cuentos*. Montevideo. Alfa. 1967.

La denotación de ‘persona vieja’ queda más clara en “El trío Silverio Espinosa”<sup>43</sup>, cuento cuyo protagonista narra: *Tuitas las noches me salía con la misma letanía: ‘Silverio no seas desalmao, Silverio asentá los sesos, Silverio vas a llegar a carcamán y naide te lavará los mulambos.*

### **carqueja**

Es el nombre de tres especies de la familia de las Asteraceae: *Bacchares articulata*, *Bacchares trimeta* y *Bacchares crispa*. Su nombre se deriva probablemente del griego *χολοχασία*, a través del latín *colocasia*. Corominas registra *carquesia*, *carquexa*, *carqueisa*, *carqueixa* y el rioplatense *carqueja*, que, según él, “parece ser de procedencia brasileña”.

En portugués, *carqueja* está datado desde 1456, con el mismo significado. Houaiss no se pronuncia sobre su etimología, mientras que Da Cunha prefiere seguir a Corominas.

En “Dos hombres”,<sup>44</sup> ‘carqueja’ aparece para caracterizar a uno de sus personajes, Ceferino Fuentes, un tropero sin empleo fijo, que solo trabajaba “cuando andaba sin plata y le convenía”, así descrito por una apasionada Deolinda: *Lo dejó ir, lo perdonó pero no pudo olvidarlo. Cada vez que de él hablaba, decía: —Era amargo, pero güeno como la carqueja (porque Ceferino la había encariñado a palos).*

### **catínga**

En el portugués de Brasil, se aplica a un olor desagradable o nauseabundo. En el DEU está definida como ‘olor fuerte y penetrante de algunos seres vivos’ o una ‘glándula pequeña de algunos animales que da a la carne un sabor desagradable’. Granada (1890[1957]) dice que también se aplica al “intenso olor de la transpiración de los negros”.

Es preciso prestar debida atención, en este punto, a la investigadora brasilera Yeda Pessoa de Castro quien, en su obra *Falares africanos na Bahia* (2001:206), afirma que *catínga*, viene de *katinga*, “ un vocablo africano banto, que significa olor fétido y desagradable del cuerpo humano, de ciertos animales o de comidas deterioradas”. Cabe consignar que la Dra. Pessoa de Castro, profesora emérita de la Universidad Federal de Bahia, doctorada en Lenguas Africanas por la Universidad del Zaire, es hoy una de las mayores autoridades en la influencia africana sobre la lengua brasilera, tras haber estudiado el tema durante cuarenta años en Salvador, en la actual República Democrática del Congo (ex-Zaire), en Benín y en Nigeria.

Da Cunha (1997) coincide con Houaiss (2009) en la posibilidad de que se derive del parónimo *caatinga*, nombre de la vegetación característica del nordeste, en la que predominan los cactus, plantas con espinas y hierbas de ciclo anual. Según Daniel Granada (1890[1957]), *caatinga* proviene del guaraní

---

<sup>43</sup> *Cuentos escogidos*. p. 90.

<sup>44</sup> *El tropero macabro*, p. 63

*kaa'tinga*, compuesta por *kaá* (matorral) y *tinga* (claro o blanco). Este autor, respaldado muchos años después por Corominas (1980), menciona como étimo un guaraní *catí*: *La voz catinga significa al presente la misma cosa que su correspondiente guaraní, al tiempo y después de castellanizarse.*

Granada cita enseguida a Ruiz de Alarcón: *Catí, olor pesado, malo vehemente. Añêcantingá, recoger en sí mal olor.*

Laguarda Trías (1969:34) afirma que “por haberse atribuido a los negros (el mal olor), pasa comúnmente por voz afronegra. Sin embargo, la mayoría de los lexicógrafos le asignan origen guaraní”.

En Monegal, ‘catinga’ aparece en “El durazno embrujado”<sup>45</sup>, en una discusión entre dos mujeres, la negra Tunica Díaz y la rubia Floricia Espejo, ambas apasionadas por el mismo hombre negro, Eberildo Fonseca: —¿*Qué me estás mirando? ¿Te debo algo?* —*No me debés nada, porque yo no tengo negocios con negro. Lo que estoy mirando es cómo te has vuelto gallina de Eberildo. ¿No te has mirao el cuero, las motas, ni sentido tu catinga?*

Con la denotación de ‘olor de la carne de algunos animales’, la encontramos en otro cuento, “El caso del paisano Aniceto Ortega”<sup>46</sup>, como étimo del verbo ‘descatingar’: —¿*Qué otro Ortega?* —*El que después de los diez vasos se desnortea, y se horqueta, y marcha al pueblo para meterse en cada cerracina que cuando güelve a la estancia, después de una semana, llega como si se hubiera comido tres tatuses sin descatingar...*

### **charquearme**

‘Charquear’ es ‘hacer charque’, o sea, ‘salar la carne y secarla al sol y al aire’, según explica el DEU (2011). Otras acepciones registradas son ‘moverse’, ‘lastimar la cabalgadura con las espuelas’ y ‘agarrarse el jinete del recado mientras jinetea por temor a caerse’.

Tanto el DEU como Granada (1890[1957]) y Guarnieri (1979) atribuyen a ‘charque’ origen quechua, pero el argumento de Corominas es demoledor: Es “muy difícil”, dice, dejar de tomar en cuenta el portugués *carne de enxerca* ‘carne vendida fuera del mercado, en cecina o salmuera’, lo que hace muy probable que nos haya llegado desde el Brasil. El investigador catalán cita las Ordenanzas Alfonsinas, de 1446, en las que aparece *enxercar: fazer a carne de boi em mantas e retalhos, e secá-la; fazer charque ao sol.*

Houaiss y Da Cunha coinciden en adjudicar al vocablo portugués un origen español, en el caso de Da Cunha, rioplatense. Aunque esta posibilidad pueda parecer inverosímil ante los datos presentados por Corominas, podría haber ocurrido que el *charque* de 1446 se hubiera perdido en Portugal y fuera recuperado en el sur de Brasil a partir del Río de la Plata, región de contacto de los múltiples dialectos y lenguas peninsulares. En apoyo de esta hipótesis se

---

<sup>45</sup> *Nuevos cuentos*. p. 120

<sup>46</sup> *Cuentos escogidos*, p. 113.

puede esgrimir el hecho de que, en el nordeste brasileiro, *charque* se desconoce; se emplea *carne de sol*.

Monegal emplea ‘charquear’ como pronominal transitivo con un sentido equivalente a la expresión figurada ‘sacar el cuero’, o sea, ‘hablar mal de alguien’. En “Ética de los velorios”<sup>47</sup>, la emplea el personaje Juan Solano, quien decidió hacerse el muerto para saber qué dirían de él en el velorio: *¿Por qué en vez de venir a charquearme en mi mismo velorio, aprovechando que estoy muerto no llamaste a Demetria, y le pagaste la cuenta que me debés? ¿Cuánto me debés, lengua’e bajera, de aquella punta que te vendí?*

### **chiripá**

El vocablo hace referencia a una pieza de ropa usada en el pasado por los hombres de campo de Rio Grande do Sul, Argentina, Paraguay y Uruguay, que consistía en un rectángulo de tela, generalmente de lana roja, que se pasaba entre las piernas e iba atado a la cintura (Houaiss 2009). Domingo F. Sarmiento, citado por Corominas (1980), había descrito esta prenda como “especie de faldas que llevan el gaucho y el indio”. El etimólogo catalán considera la posibilidad de un origen quechua: *chiri* (frío) *pak* (para). Houaiss, por su parte, admite que el vocablo llegó al portugués de Brasil a partir del español platense.

El chiripá fue inicialmente una prenda del atuendo de los indios tapes y luego impuesta por los misioneros a nativos de otras etnias<sup>48</sup>. Arturo Jauretche (1957) afirma que su uso se extinguió a mediados del siglo XX cuando, terminada la guerra de Crimea, el ministro de Guerra argentino, Hilario Ascasubi, ordenó la adquisición, para el ejército de su país, de grandes cantidades de pantalones militares amplios, ceñidos en el tobillo, sobrantes de los soldados zuavos que habían combatido para Francia: *[...] a nuestros milicos por compra que hizo Ascasubi a una partida de rezagos, proveniente de los uniformes de los “suavos” franceses. El paisano adoptó la bombacha enseguida, porque tenía la amplitud necesarias a las tareas rurales del chiripá, sin los inconvenientes creados a éste por el alambrado [...]*.

Muy pronto el uso de la bombacha se extendió por las provincias argentinas y el Uruguay, llegando hasta Río Grande de Sul, con lo que se estableció una nueva moda gauchesca.

El DEU (2011) no presenta referencia alguna al uso gauchesco del ‘chiripá’, probablemente por ser diacrónica esa acepción, y menciona apenas una denotación muy posterior: ‘Prenda que cubre los pañales, provista de cintas, para ceñirlos al cuerpo del bebé’.

Lo mismo ocurre en Kühl de Mones (1993), donde la acepción principal es la de prenda para bebés, mientras que la de uso gauchesco presenta la marca de ‘voz histórica’.

---

<sup>47</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*, p. 13

<sup>48</sup> Instituto Teológico del Uruguay. *La Iglesia en el Uruguay*. ITU. 1978, p. 91



En la literatura brasilera del siglo XIX, encontramos una descripción de ‘chiripá’ en *O gaúcho* (1870[1966]:26), del escritor José de Alencar: *Era cor de laranja o chiripá de lã enrolado nos quadris, em volta das bragas escuras que desciam pouco além do joelho. [Era anaranjado el chiripá de lana envuelto en las caderas, alrededor de un calzón oscuro que bajaba hasta un poco más allá de la rodilla].*

En José Monegal, la palabra aparece, entre otros cuentos, en “Poder de la sangre”, en boca del vasco Martín Otaola, conocido como Mingo, quien, furioso tras haber sido derrotado lealmente, en su frontón de pelota, por un gaucho recién llegado, se dirige así a su contrincante: *Con mula me jugaste tú, con esa chamuchina de chiripá como llegaste, botas de bicho alzo, cinto con reales pegaos y lazo colgando.*

También la encontramos en “La brasa en la ceniza”<sup>49</sup>: *Eran tipos de chiripá tendido, botas de potro, y espuelas nazarenas.*

### **chirú**

Esta palabra de origen guaraní se emplea en el portugués del sur de Brasil para referirse a los mestizos, también llamados *caboclos*, y no tiene en esa lengua la connotación despectiva que parece haber de este lado de la frontera (Houaiss 2009).

En el DEU (2011) no aparece esta forma pero sí ‘chiruso, -a’, ‘del portugués *chiru*, ‘indio o mestizo’ con marca de ‘despectivo’ y denotación de ‘mujer de condición social baja’ o de ‘persona despreciada por su aspecto o comportamiento’. *Chirusa* no aparece en el CORDE en autores uruguayos sino solo en Ernesto Sábato, en *Abaddón, el exterminador* (1974): *De manera que, tal como era fácil de predecir, el Nene agarró viaje y comenzó el torneo para detectar el verdadero nombre de la chirusa en la forma en que paso a detallar.* Además, es de presencia frecuente en letras de tangos y se encuentra también en Gobello (1994). Teruggi (1979:204), por su parte, observa que en virtud del seseo americano es también frecuente la grafía <chiruz>.

Monegal lo emplea como apodo de uno de sus personajes en “La tranca de Calderón”<sup>50</sup>, al que describe simplemente como “un paisano”: —*¡Pero hermano Chirú! ¿tas de oreja retobada? [...] —Mirá Mulecón, ni bien me gritaste yo supe que eras vos. Con ese Chirú salí del pago siendo gurí. Y me juí haciendo varón y hallando que no me asentaba.*

### **cumbarí**

En portugués brasilero, *cumarí* o *cumbarí* es el nombre de varias especies de ají muy picante, del tipo de la que conocemos como ‘pimienta malagueta’, también conocidas en Brasil bajo otro nombre indígena: *tukum*.

---

<sup>49</sup> *Nuevos cuentos*. p. 15

<sup>50</sup> *Cuentos escogidos*, p. 52.

La palabra no aparece en el DEU ni en el DRAE (2001), pero en el CORDE se registran dos casos, de Hilario Ascasubi y Horacio Quiroga. El autor argentino emplea la palabra en su poema épico *Paulino Lucero* (1872:68): *¡Ay, cielo, cielo y más cielo, cielito digo, eso sí; no hay duda, están los morenos más bravos que cumbarí!*

En la lexicografía uruguaya lo encontramos en López Blanquet (1993) como ‘ají cumbarí’, derivado de una voz guaraní que significaría ‘que quema la lengua’, lo que no es contradictorio con Houaiss (2009), que refiere a *kumbarí* como designación general de los ajíes en guaraní.

En el universo monegaliano, el cumbarí suele aparecer como referencia metafórica a una ira que estalla súbitamente, calentando el ánimo como el ají calienta la boca.

Un caso de este tipo encontramos en *El alegato del negro Peluquilla*<sup>51</sup>: *El hacendado, que dormía sobresaltado a causa de una digestión muy laboriosa — sobre tres kilos de asado y diez pasteles, un tarro de cuajada— despertó con el alma sazónada en ají cumbarí.*

Otro ejemplo aparece en “La tranca de Calderón”<sup>52</sup>: *Muchas veces, don, le he pedido pacencia al Señor pa no entrar en alguna muy fruncida. Me parece que hoy se la viá pedir a Mandinga porque usté me está haciendo subir los cumbarises*<sup>53</sup> *al mate.*

Esta imagen es la misma —cambiando *cumbarises* por *pimientos*— que el autor usa en “Adán y Eva según el pardo Barboleta”<sup>54</sup>: *Adán se jué, pues vido que se le iban subiendo los pimientos a la cabeza.*

### **fariña**

Harina de mandioca (DEU 2011) o de yuca, planta también conocida en Brasil como *aipim*, en el Sudeste, o *macaxeira* en el Nordeste (Houaiss 2009). Del portugués *farinha* ‘harina’, aplicado a cualquier tipo de harina. En el Uruguay se especializó para denominar la harina de mandioca. Así como ‘harina’, la palabra se formó a partir del latín *farina*, *-ae*. Las marcas diatópicas del DRAE —*Arg., Col., Par., Perú y Ur.*— permiten presumir que nos pueda haber llegado desde el gallego, aunque si así fuera no habría por qué dejar de tomar en cuenta la influencia brasilera en su uso en el Uruguay; Granada (1890[1957]) es categórico en cuanto a que nos llegó desde Brasil “sin más alteración que la puramente ortográfica”.

La fariña se emplea en Brasil, condimentada y frita en forma de *farofa*, para espesar guisos o para acompañar la carne en lugar de pan.

En Monegal, encontramos el vocablo en “El cerco”<sup>55</sup>: *Tomaban mate con misionera entreverada, comían pulpa tapada con fariña, pitaban del negro.*

---

<sup>51</sup> *Íbid.* p. 54

<sup>52</sup> *Íbid.*

<sup>53</sup> Sobre el plural en *-ses*, ver la entrada **camoatí** y las notas 19 y 35.

<sup>54</sup> *El tropero macabro*, p. 106

<sup>55</sup> *Cuentos*. p. 55

Según Berro García, citado por Brenda V. de López (1993), de ‘farinha’ se derivó en el Uruguay ‘fariñera’, el cuchillo de grandes dimensiones usado para cortar o rallar las raíces de la mandioca y hacer fariña. Por extensión, ‘fariñera’ se aplica a los cuchillos usados por los campesinos orientales. La palabra *farinheira* no aparece registrada con ese sentido en diccionarios brasileros ni argentinos. En Brasil, es una ‘mujer que vende fariña’, de modo que ‘fariñera’ parece ser un vocablo uruguayo.

### **guri**

Palabra asentada en el siglo XIX en el español de la Provincia Oriental, quedó plasmada en la narrativa de Florencio Sánchez y de Carlos Reyles y, más recientemente, en *El Aleph* (1949-52), de Jorge Luis Borges, para caracterizar a un oriental que había muerto en la batalla de Masoller.

‘Guri’ aparece referido en el DRAE con marca de voz rural de Argentina y Uruguay, pero se trata de un vocablo de la lengua indígena que se hablaba en toda la región de Rio Grande do Sul hasta la pampa, formado a partir de *gwi’ri* ‘bagre joven’ y, por extensión, ‘niño’. Los argentinos hoy no lo reconocen como propio.

‘Guri’ tiene en castellano el femenino ‘gurisa’ y el plural ‘gurises’, a diferencia del gaúcho *guría/guríes*. Tanto el DRAE (2001) como el DEU (2011) registran el femenino pero no el plural, a pesar de que este es irregular.<sup>56</sup>

El presidente uruguayo, José Mujica, admitió en una entrevista los fracasos del sistema escolar afirmando: “*No hemos logrado poner a los gurises de nuestro lado, no los hemos podido ganar*”<sup>57</sup>.

En su universo de animales parlantes, Monegal pone el término en boca del burro Jeromildo, quien adopta la flexión de número propia de los orientales al dirigirse así a una reunión de seres humanos a quienes enrostra su maldad en “Razón del burro Jeromildo”<sup>58</sup>: *Lobizomes son ustedes y emparejo a tuitos: los gurises matadores de pájaros y apaliadores de gatos.*

En otro cuento, *Drama*<sup>59</sup>, el diminutivo plural se hace con <c>, en el discurso de un caminante de nombre desconocido, quien se dirige a un estanciero que le niega albergue: *¡Yo mismo me pongo ajuera! ¡La pulpa que le iba a comer tíresela a los perros, haga como aquel miserable que le dio a los chanchos la leche que era pa los guricitos!*

Los peones de la estancia Ouro Preto, que aparece en *La lámpara maravillosa*<sup>60</sup>, incrédulos ante la idea de que al frotar la lámpara pudiera aparecer un genio, solían cuestionar así al capataz don Piñeiro: *¿Ande y cómo se va creer que con*

---

<sup>56</sup> Sobre este plural, ver también notas 19, 33 y 54.

<sup>57</sup> La República, 15/2/2011

<sup>58</sup> *Nuevos cuentos*, p. 45

<sup>59</sup> *Cuentos escogidos*, p. 69. (Hay otro cuento titulado “Drama” en el libro *Cuentos*)

<sup>60</sup> *Cuentos escogidos*, p. 57

*sobar una lámpara aparece un fantasma o lobizome, y na más que aparecido cumple órdenes como si juera gurí de cargar agua?*

### **gurupí**

Es la persona que actúa en subastas, o en lugares de juegos de azar, en connivencia con el rematador o con el banquero, haciendo ofertas ficticias para estimular la puja. Por extensión, se aplica también a las personas entrometidas. En el DEU (2011), aparece como ‘grupí’, con una etimología del genovés *gruppiê*. Peralta<sup>61</sup>, en cambio, le atribuye origen en un duende de las creencias indígenas de la región misionera, llamado *curupim*, pero para esta hipótesis no parece haber otro asidero que la semejanza morfológica; es más verosímil un parentesco con el francés *croupier*, ya asentado en el DUD (1966).

En *Memorias de Juan Pedro Camargo*, el personaje Juanillo, un zorro parlante se expresa así: *Tábamos en la punta de la sierra con mi máistro don Tatú, en una timba. Don Tatú tallaba y yo trabajaba de gurupí*<sup>62</sup>.

### **lamber**

Derivado del latín *lambere*, es vocablo muy antiguo en español, probablemente desde el romance. El DRAE marca esta palabra como ‘desusada’ —lo que significa que no han ningún registro posterior al siglo XIX— y, contradictoriamente, ‘usada en Canarias, Extremadura, León, Salamanca y América’. Amado Alonso (1966:48) observó que se empleaba también en Navarra, mientras que en el CORDE aparecen casos en República Dominicana. Sin embargo, aun suponiendo que nos haya llegado como arcaísmo, no se puede dejar de lado la influencia que el portugués *lamber* ‘lamer’ debe haber tenido en su conservación en el norte y noreste del país.

El DRAE incluye una segunda acepción, de uso en México y Uruguay con la denotación de ‘adular’. Mientras ambos significados conviven en el Uruguay rural, en Monegal aparece un tercero, que se da en la forma pronominal del verbo, no recogido por los diccionarios enumerados en la bibliografía: ‘arreglárselas’, por inspiración en el dicho tradicional ‘*el buey solo bien se lame*’ como vemos en “Trifón Menchaca”: *Solito me lambo mejor, como el güey*<sup>63</sup>.

En “Penca Brava”, Monegal pone la palabra en boca del hacendado Florentino Abascal, con el mismo significado: *¿Por qué no deja que cada cual se lamba como pueda?*<sup>64</sup>.

La referencia boyuna de *lamerse* vuelve a aparecer en “Incidente”<sup>65</sup>, esta vez empleada por el mulato Macario Centurión: *Toy pegao al banco dende la salida del sol, no quiero compañía de naidas, que el güey solo bien se lambe.*

---

<sup>61</sup> Peralta, A. J. Citado sin más datos por Brenda V. de López (1993).

<sup>62</sup> *Memorias de Juan Pedro Camargo*, p. 124.

<sup>63</sup> *Nuevos cuentos*, p. 76.

<sup>64</sup> *Nuevos cuentos.*, p. 94.

<sup>65</sup> *Cuentos escogidos*, p. 82.

### **lobizome**

Personaje recurrente en los cuentos de Monegal, el lobizón es, según la creencia popular, el séptimo hijo varón consecutivo, que los viernes de luna llena se transforma en un animal doméstico (DEU 2011), según la versión local, o en lobo, según el DRAE (2001). En el DRAE figura como *lobisón* y en el DEU se ha preferido lobizón, más frecuente entre nosotros. En Guarnieri (1979) aparece también la forma ‘lobizonte’ y, en el DUD (1966) ‘lobinsón’.

Esta leyenda es muy antigua; ya circulaba en la mitología griega, en la que se relata la metamorfosis de un hombre, Licaon, en lobo<sup>66</sup>. El mito puede haber llegado a la Península Ibérica con los visigodos, puesto que aparece referido en numerosos relatos en el norte de España, principalmente en Galicia, de modo que cabe suponer que habrá llegado a América traído tanto por los portugueses como por los españoles. Sin embargo, Corominas (1980) afirma que la palabra lobizón en Argentina y en Uruguay fue tomada del portugués *lobishomem*, alteración del latín *lupus homem*. En el portugués de Brasil actual se emplea *lobisomem*. La forma ‘lobizome’, usada por Monegal, diferente de las que encontramos en castellano y en portugués, puede ser una transacción entre la voz uruguaya ‘lobizón’ y la brasilera *lobisomem*, con la adición de una *e* final protética que se aproxima a la pronunciación brasilera.

En las variantes más conocidas de la leyenda, los lobizones suelen comportarse como lobos asesinos, pero los licántropos criollos de Monegal son más bien bonachones, a veces encarnando animales cuya mansedumbre contrasta con el salvajismo de algunos personajes humanos, como vemos en este caso registrado en “Las razones de la crucera”<sup>67</sup>:

*Martín Vera era el séptimo hijo varón de la morena Consuelo Maceira. Todos los viernes después de medianoche podía convertirse en el animal que se le antojara merced a su condición de lobizome. En sus primeras experiencias como tal realizó una gran variación de encarnaciones. Una noche se convirtió en oveja y los zorros le dieron un julepe tremendo.*

### **maceta**

En el portugués del sur de Brasil, *maceta* es un adjetivo invariable en género que se aplica a las cabalgaduras que presentan defecto óseo, congénito o adquirido, en la articulación inferior de las patas (Houaiss 2009).

En el DEU (2011) figura, sin marca etimológica pero sí ‘despectiva’, con la denotación de ‘pantorrillas robustas o deformes, principalmente de la mujer’, o también ‘manos gruesas y toscas’. Con referencia a los equinos, ‘maceta’ se aplica a aquellos que tienen ‘las manos deformadas por vejez o enfermedad’.

En Monegal encontré este vocablo en dos ocasiones, en ambos casos en boca de cuadrúpedos parlantes. En “Cuestión en la sierra”<sup>68</sup>, describe a una yegua que se

---

<sup>66</sup> Brandão, Junito - *Dicionário Mítico-Etimológico*. Petrópolis: 1997. Vozes

<sup>67</sup> *Cuentos*, p. 122

<sup>68</sup> *Nuevos cuentos*. p. 114.

acerca a conversar con una vaca: *En lentos pasos se le fue arrimando la yegua Vaporosa, vieja casi maceta. A tres pasos de aquella, se detuvo. Y refunfuñó: — Güenas tardes.*

La palabra vuelve a aparecer en “Conversación”<sup>69</sup>, ahora en boca de un caballo petiso que conversa con un tordillo: *El padre le dio la razón. Y yo me quedé maceta a juerza de años. Hay cristianos muy güenos, don.*

### **magro**

Este vocablo existe tanto en español como en portugués con significados cercanos, algunos semas diferentes y origen común en el latín *macer*, *-cra*, *-crum*, del mismo significado. En español se emplea más bien para aludir a las carnes o fiambres con poca grasa, mientras que en Brasil se usa principalmente como adjetivo calificativo para referirse a las personas delgadas. Esta última acepción se encuentra también en la zona fronteriza del norte y noreste del Uruguay.

José Pedro Rona, citado por Brenda V. de López (1993), observa que ‘magro’ y ‘flaco’ figuran con iguales títulos en el DRAE, pero que en el Uruguay se usa solamente ‘flaco’, mientras que en la zona limítrofe aparece con mayor frecuencia ‘magro’. Señala que, por esa razón, “debe ser considerado un portuguesismo, a pesar de encontrarse también en el castellano ejemplar”.

Monegal lo emplea para presentar al protagonista de “El trío Silverio Espinosa”<sup>70</sup>: *Algún domingo que otro el paisano Silverio Espinosa llegaba al comercio de Canuto Fragoso. El paisano Espinosa era alto y magro.*

### **mandinga**

Este término se deriva de *manding* (Houaiss 2009), gentilicio de un pueblo que habita en el África occidental; pero en español, principalmente en las zonas rurales de América, adonde el vocablo llegó traído por esclavos africanos, es el nombre del diablo. En el portugués del Brasil, y también en varias regiones de Sudamérica por influencia brasilera, es el nombre de una hechicería que tiene por objeto *cerrar el cuerpo* a los actos hostiles procedentes del exterior<sup>71</sup>. En las zonas rurales americanas, esta palabra se vincula a todo lo que se refiere a brujerías o influencias sobrenaturales no explicadas por la religión católica. Así, en el norte de Argentina, los fuegos fatuos o *luces malas*, que brillan en la oscuridad debido a la combustión del fósforo al entrar en contacto con el oxígeno, se llaman *farol de mandinga* o *farol del diablo*.

---

<sup>69</sup> *Cuentos*, p. 119.

<sup>70</sup> *Cuentos escogidos*, p. 90.

<sup>71</sup> Albuquerque, Arcy Tenório. *Gauchismos. A linguagem do Rio Grande do Sul*. 1954. Consultado en books.google.com el 10 de febrero de 2012.

En el poema *Martín Fierro*, del argentino José Hernández (1834-1886), el protagonista atribuye al diablo los fenómenos cuya causa no comprende: “Parece cosa ‘e Mandinga”.

La palabra también llegó de África a Cuba, país que tuvo una intensa explotación de mano de obra esclava. En suma, no es un brasilerismo sino un americanismo de origen africano.

El escritor y poeta uruguayo Francisco Acuña de Figueroa fue uno de los primeros autores latinoamericanos, si no el primero, en usar ‘mandinga’ en su sentido africano, como gentilicio, en su *Canto patriótico de los negros, celebrando a la lei de Libertad de Vientres y a la Constitución* [1834]:

*Né tiempo den Potugá  
Y ne tiempo den Galisia,  
Le Flicana lisendencia  
Tlite secrava nasia:  
Ma luengo ne solisonte  
Lo Sol Melicano blilla.  
Alojando desde Oliente  
Len calena le Mandinga<sup>72</sup>.*

Laguarda Trías (1969) afirma que el vocablo se usa en su denotación etimológica en las Antillas, Colombia, Ecuador y Perú, y que en los dos últimos países es popular el dicho ‘quien no tiene inga tiene mandinga’, con lo que se quiere decir que el que no tiene sangre india, la tiene negra.

Antes de Monegal, este vocablo ya había sido empleado por Acevedo Díaz en *Nativa* (1890:277) con la denotación de ‘diablo’: *Pero, mire patrón que es más fácil romper un tronco con la calavera que amansar con rilaciones un indio... Son el mesmo mandinga para enderezar al cristiano con la picana, y sacarlo por la cola del mancarrón enterito... ¡Siff!... ¡y patas para arriba con medio costillar rompido!*<sup>73</sup>

En los cuentos de José Monegal, el uso de ‘mandinga’ es un rasgo importante para caracterizar el lenguaje rural de sus personajes; aparece en muchos de sus cuentos no solo para sugerir la presencia del diablo o el carácter endemoniado de algún animal, como también para crear un clima de misterio en torno a algo que no se comprende o alguien que muestra un poder extraordinario.

En “El general”<sup>74</sup>, el mulato Figueroa cuenta una anécdota sobre un zorrillo que lo venció a él y a tres perros con la potencia y puntería de sus chorros: *Y el bicho de mandinga —que no tendría ni dos jemes— se jue muy orondo, no sin antes apuntarse otro poroto conmigo pues cuando me arrimé al perro pa bien de socorrerlo, me acertó un bombazo.*

---

<sup>72</sup> Citado por Coll (2010).

<sup>73</sup> Acevedo Díaz, Eduardo. *Nativa*. Montevideo. La Obrera Nacional, 1890, p. 277.

<sup>74</sup> *Cuentos*, p. 99.

En “Dos brujos”<sup>75</sup>, el autor emplea ‘mandinga’ para describir la profunda impresión que un prestidigitador había causado con su espectáculo en el negro Cicerio Arruda, puestero de estancia: *Estaba maravillado y abismado. Si no fuera por aquella moza tan linda, tan mansa y tan suave que lo acompañaba, él hubiera dicho que era el mismo mandinga el que había actuado en la sala de la casa de Correa. Y allí se hubiera persignado tres veces y salido más ligero que el viento.*

### **marimba**

Tanto en español como en portugués, esta palabra es el nombre de un instrumento de percusión, una especie de tambor usado originariamente en el sudeste de África, también conocido en portugués como *berimbau*. En Rio de Janeiro se emplea coloquialmente para referirse a un piano de mala calidad.

El vocablo proviene del quimbundo *marimba* ‘tambores’, formado por el prefijo de plural *-ma* seguido de *rimba* ‘tambor’, según afirma Laguarda Trías (1969:83).

En el español del Uruguay, ‘dar (se) una marimba’ es ‘moverse’ o, causativamente, ‘hacer realizar a alguien trabajos intensos o pesados’, según el DEU, que no registra, sin embargo, el uso rioplatense de ‘marimba’ con el significado de ‘paliza’, recogido por Gobello (1994), quien cita a Güiraldes: *Le encajaron una marimba e palos, acusándolo de pendensiero*<sup>76</sup>.

En el Uruguay, se registra su uso como instrumento musical en 1834, en el *Canto patriótico* atribuido a Acuña de Figueroa y publicado en ‘El Universal’: *Cantemo nese batuque, con tambole y con malimba*, recogido por Coll (2010).

Teruggi (1978) por su parte, observa que la denotación original se restringe semánticamente por la imagen de golpeteo para dar lugar a ‘paliza’ y señala que el italianismo *marianina* ‘zurra’ puede ser una “deformación fonética” de ‘marimba’.

En Monegal, el vocablo aparece con esta denotación en el cuento ya mencionado “El caso misterioso del ciego Zacarías”<sup>77</sup>, en el relato de una pelea de borrachos: *¿Y cuál fue el motivo de la trifulca, mayor? No se sabe nada. Ahí tan los causantes y habientes, dormidos de la marimba que se dieron”.*

### **matungo**

En la variante brasilera estándar, *matungo* es un caballo de montar, sin otra connotación. Sin el embargo, en los dialectos sureños se refiere a un ‘caballo común, sin raza específica’ y también a un ‘caballo viejo’, ‘en mal estado’, ‘sin utilidad’. En hipismo, puede ser un ‘caballo de baja calidad, que corre poco’<sup>78</sup>.

Corominas (1980) la registra como derivada de ‘matar’, propia del español argentino y cubano, según él. Nei Lopes (2003) cita al lexicógrafo Antenor

---

<sup>75</sup> *Cuentos escogidos*, p. 63.

<sup>76</sup> Güiraldes, Ricardo. *Cuentos de muerte y de sangre*. Buenos Aires. Losada, 1958.

<sup>77</sup> *Cuentos escogidos*, p. 107.

<sup>78</sup> Houaiss (2009).



Nascentes<sup>79</sup> quien también afirma que *matungo* proviene del español rioplatense, la misma hipótesis a la que se había adherido antes Granada (1890[1957]), refiriéndola a un texto de Isidoro de María.

Sin embargo el DEU (2011) afirma que se forma a partir del vocablo español ‘matalón’ —registrado en el DRAE (2001) como “caballería flaca, endeble y que rara vez se halla libre de mataduras”— y un sufijo quimbundo, *-ungo*. La hipótesis africanista cuenta también con el respaldo de Da Cunha (1998), quien admite, no obstante, desconocer el étimo.

En los casos hallados en Monegal, el vocablo se aplica en forma peyorativa a seres humanos. En el cuento ya mencionado “Ética de los velorios”,<sup>80</sup> ‘matungo’ aparece en el párrafo siguiente, al que también nos referimos en la entrada **viviente**: “*¡Yo te viá dar estar mintiendo, matungo e barril, lengua sin freno! Ni de muerto se les escapa un viviente, cruceras de pajonal sucio!*”.

En “El caso del paisano Aniceto Ortega”<sup>81</sup>, se trata de otro equino metafórico, es el propio Ortega: *Mire, pues: si yo pa usté soy un matungo de costillar como encordao de guitarra, que pa pior montaba un viejo dao a hacer fechurías a punta de lanza, usté pa mí, ¡gringo lengua e’sapo, ladrón de bebidas con la brujería de vasos culones! es un burrito bandiao de sarna, lerdo y cosido de mataduras*<sup>82</sup>.

### **mulambo**

Palabra de origen africano, que nos llegó a través del portugués brasileiro *molambo*. Significa ‘pedazo de tela muy viejo, roto y sucio; harapo’ o ‘ropa vieja y en mal estado’ (Houaiss 2011). El vocablo proviene del quimbundo *molambo* ‘pedazo de tela que se ata entre las piernas’.

Los personajes de Monegal parecen usar este vocablo en referencia a la ropa de los hombres de campo en general, muchas veces sin connotación despectiva, como en este trecho de “Los que hacen fuego con leña mojada”<sup>83</sup>: *Colgá el poncho, Isidoro, sacate esos mulambos, tas ensopao*.

O este de “El trío Silverio Espinosa”: *Silverio, vas a llegar a carcamán y naide te lavará los mulambos ni te cuidará si cáis enfermo*<sup>84</sup>.

La voz es empleada también en “El miserable”, cuyo protagonista era tan avaro que no quería gastar dinero ni en comida, pese a ser propietario de cinco mil cuadras de campo. Al final del cuento, un personaje dice de él: *Se ajuntó con una parda, y desculpe doña Julia; lo hizo, y de eso estoy bien cierto, no por amor ni apego; lo hizo na más que por tener sirvienta gratis pa que le cocine y le lave los mulambos*.

---

<sup>79</sup> Nascentes, Antenor. *Dicionário da língua brasileira da Academia Brasileira de Letras*. Río de Janeiro. Bloch Editores. 1988 [1934].

<sup>80</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*. p. 15.

<sup>81</sup> *Cuentos escogidos*, p. 116.

<sup>82</sup> *Cuentos escogidos*. Íbid. p. 116.

<sup>83</sup> *Cuentos*. Íbid. p. 37.

<sup>84</sup> *Cuentos escogidos*. p. 93.

### pelego

Es palabra brasilera proveniente del español patrimonial ‘pellejo’<sup>85</sup>, que se emplea para denominar el cuero de oveja con lana, ya sea usada como arreo de cabalgadura o como tapete rústico de piel. También se llama así en Brasil a los agentes del gobierno infiltrados en los sindicatos y a los trabajadores que no se adhieren a las huelgas declaradas por los gremios. Tal vez haya alguna vinculación semántica con ‘carnero’ (el que no hace huelga) o el verbo ‘carnerear’ (ir a trabajar cuando hay huelga), pero no hallamos datos al respecto. El DEU (2011) recoge esta voz, que resuelve con una remisión a ‘cojinillo’, definido este como *cuero de ovino, sobado, que se coloca sobre el recado para dar blandura al asiento del jinete*.

Este es el sentido que tiene en Monegal, como podemos ver en “El casamiento de Salcedo”, en el que un paisano, desafiado a un duelo criollo, alega: —*Dejé mi puñal entre los pelegos... —¡Andá a buscarlo! El otro salió*<sup>86</sup>.

### pirú

En el portugués de Brasil, el sustantivo *peru* se emplea para referirse al pavo (*Meleagris gallopavo*) y, por extensión, a las personas presumidas o entrometidas (Houaiss 2009). La pronunciación es aguda y en la mayor parte del país se realiza con cerramiento de la *e*, de modo que, fonológicamente, equivale a /pirú/.

Lexicógrafos brasileros ya citados, como Houaiss y Da Cunha (1997), coinciden en que la etimología sería ‘Perú’, país de donde habrían llegado a la región occidental del Brasil los primeros pavos. Sin embargo, Berro García, citado por Brenda V. de López (1993), propone la raíz guaraní *mbir* o *pir*, que designa la piel, observando que ‘pirú’ significa flaco, descarnado, seco, semas que se aplicarían al pavo por el cuello largo, estirado, flaco y descarnado que lo caracteriza<sup>87</sup>.

En el DEU (2011), *pirú* aparece con el significado de ‘pavo’, con marcas diatópicas de ‘Norte, Rocha y Treinta y Tres’, y se presenta la expresión ‘como pirú para el mercado’, equivalente a ‘como ciego al baño’ (apresuradamente), también usada en Brasil.<sup>88</sup>

En el universo de Monegal, *pirú* aparece con el significado de ave, pero también con la denotación de ‘persona que parece tonta’, como explica el autor en “Penca brava”<sup>89</sup>, al narrar la detención de un ladrón de gallinas: *¡Date preso, pardo perdulario! Pero no había contado que Celedonio, a quien el hablar criollo había bautizado de Pirú por el aire azonzado que lucía, con la confianza*

---

<sup>85</sup> Houaiss 2009.

<sup>86</sup> *Cuentos escogidos*. Íbid. p. 101

<sup>87</sup> La autora no precisa a qué libro de Berro García se refiere; los que incluye en su bibliografía son de 1936 y 1938.

<sup>88</sup> *Como peru para o mercado*; no encontré registro escrito en portugués, solo testimonios de informantes nativos de Rio de Janeiro.

<sup>89</sup> *Nuevos cuentos*. Montevideo. Alfa. 1967, p. 93

y el beberaje otorgados por el hacendado, había despertado su otra personalidad, que en ese momento estalló galvanizada.

### **rapadura**

Azúcar sin refinar, impuro, ahornado en forma de pequeños ladrillos, proveniente del portugués del participio pasivo del verbo portugués *rapar*, derivado del germánico *hrapon* ‘arrancar’, ‘arrebatar’ (Houaiss 2009). Es una de las golosinas favoritas de la gente humilde de la región de frontera con Brasil.

En “Dos carreros”<sup>90</sup>, el paisano Feliciano Junco anuncia su decisión de postergar por un año más su casamiento con Justina, contentándola con rapadura: *Que Justina aguaita otro año y se arregle con las rapaduras y los ticholos que le llevo.*

### **ticholo**

Del portugués *tijolo* ‘ladrillo’. En Rio Grande do Sul designa también un dulce sólido, de banana o de guayaba, con la forma de un pequeño ladrillo, de no más de siete centímetros de largo. Es una golosina muy apreciada en toda la región norte y noreste del Uruguay y actualmente se la encuentra incluso en la capital.

Según Da Cunha (1997) tiene origen en el español *tejuelo*, desde el siglo XIV, inicialmente bajo las formas *tigello*, *tegelo* y *teiolo*. Una consulta a *Autoridades* permite percibir que se refiere más probablemente a ‘tejuela’, que está allí definida como ‘teja pequeña o casco de teja’ y ‘otros pedazos de barro quebrado, aunque no sean de teja’.

Ver **rapadura**.

### **vencedura**

‘Conjuro para alejar un mal o una enfermedad’, según el DEU (2011), que le atribuye etimología en ‘vencer’. No obstante, en ausencia de datos que fundamenten este origen, parece más probable que *vencedura* provenga del portugués brasileiro *benzedura*, que significa ‘acto de bendecir’ o ‘empleo de hechicerías o brujerías’. Este sustantivo deverbale se formó a su vez a partir de *benzer* (bendecir). En territorio oriental, la *benzedura* brasileira cambió la bilabial sonora por la labiodental sonora y se ensordecizó la fricativa alveolar sonora.

Guarnieri (1979) incluye ambas grafías, pero les atribuye el étimo *bendizer*, sinónimo en portugués de *benzer*, y propone adaptarlo gráficamente al español como ‘bencer’.

En Monegal, la encontramos en “El rumbo que encontró Alvariza”<sup>91</sup>, cuando Cirilo Alvariza le comenta a su amigo Alcoba, al reencontrarlo después de muchos años: —*¡Y... hermano, la taba me ha mostrao más veces el lao de la suerte que el otro. Me ayunté con Rosaura... —¡Con Rosaura! ¿Sin venceduras*

---

<sup>90</sup> *Cuentos escogidos*. Íbid. p.125

<sup>91</sup> *Nuevos cuentos*, p. 113

*ni yuyos santos?* El lector supone que Rosaura habría sido muy codiciada por todos los jóvenes del pago y que Alcoba no podía creer que Alvariza hubiera logrado conquistarla sin recurrir a alguna hechicería.

### **vichará**

En el Rio Grande do Sul se denomina *bichará* un tejido de lana gruesa, con franjas longitudinales blancas y negras y también a un poncho confeccionado con esa tela, que se suele llamar *poncho-bichará*. El origen de la palabra no aparece en los diccionarios consultados. Da Cunha (1997) registra su empleo por lo menos desde 1899, pero coincide con Houaiss (2009) en que es voz “de origen oscuro”, aunque podría estar vinculado al guaraní *chara* (lana).

Todo parece indicar que, tras cruzar la frontera, se dio preferencia a la grafía con *v* ya que en castellano este grafema comparte con la *b* la representación del fonema bilabial sonoro. Es probable que en el cambio ortográfico haya influido la proximidad con ‘vichar’ y sus derivados, que provienen del portugués *vigiar* (vigilar).

Guarnieri (1979) y Granada (1890[1957]) optan por la grafía original, ‘bichará’ y señalan el origen brasilero, pero el DEU (2011) mantiene la preferencia por *vichará*, la misma que Eduardo Acevedo Díaz había mostrado a fines del siglo XIX.

El vichará es prenda muy usada por los personajes de los cuentos de Monegal, como en el caso de un desconocido que irrumpe en una pulpería y, de inmediato, casi le pegan un tiro, en “Un hombre sin rinde”<sup>92</sup>: *Venía en camisa, con un pochito vichará a media espalda, relumbrando sudor y relampagueándole los ojos, negros como pitangas reventonas.*

O el negro Ulpiano Larrosa, que robó una lámpara de aceite esperando hacer salir de ella un genio como el de Aladino, en “La lámpara maravillosa”<sup>93</sup>: *Llevaba la lámpara oculta bajo el vichará rayado.*

En “Tragedia ante dos zorros”<sup>94</sup>, los animales parlantes observan la llegada de un jinete: *Maneó el caballo, quitóse el vichará que cubría su busto, y las enormes nazarenas que cargaba.*

### **viviente**

En el portugués de Rio Grande do Sul el adjetivo deverbal *vivente* tiene la denotación de ‘individuo, persona’, acepción que figura en Houaiss (2009) con marca diatópica riograndense.

En *História do Rio Grande do Sul para jovens*<sup>95</sup>, el escritor gaúcho Roberto Fonseca (2002) narra: *Num salto de gato, montei no meu zaino sem nem olhar pros estribos e desapareí atrás do fujão. Se era inimigo, tinha informações, e então era preciso pegar inteiro o vivente. [En un salto de gato, monté mi zaino*

---

<sup>92</sup> *Cuentos escogidos*, p. 47

<sup>93</sup> *Ídem*, p. 58

<sup>94</sup> *Ídem*, p. 85

<sup>95</sup> Fonseca, Roberto. Porto Alegre. Editora Age. Ltda. 2002, p. 131

*sin mirar siquiera los estribos y corrí atrás del fugitivo. Si era enemigo, tenía informaciones, de modo que era preciso agarrar entero al ‘viviente’ (individuo)].*

En las referencias lexicográficas de este trabajo no hallé ninguna referencia a la forma uruguaya ‘viviente’, que aparece con mucha frecuencia en el lenguaje rural de los personajes de Monegal. En “Ética de los velorios”<sup>96</sup>, el fingido difunto Juan Solano se levanta del cajón en que lo estaban velando, para increpar a los presentes, que murmuraban de él, en este trecho, ya citado en **matungo**: *¡Yo te viá dar estar mintiendo, matungo e barril, lengua sin freno! Ni de muerto se les escapa un viviente, cruceras de pajonal sucio!*

En “Para la historia de la aviación”<sup>97</sup>, un “milico” le recomienda al comisario la casa de Fidel Santana para comprar gallinas “casi tiradas”: *Siempre tiene el gallinero surtido ese viviente. Vintenea de lo lindo en las estancias.*

En el cuento “De como el peón Fermín Perdomo fue el sargento Juan Guadalupe”<sup>98</sup>, ya citado, un juez justifica así al protagonista, ya muerto, que había matado a su propio padre: *Era un hombre de bien. Su padre, en vez de tratar con él un asunto como se debe tratar entre vivientes, le dobló el lomo con la lonja de su talero. A un hombre, hombre, no se le hace eso.*

### **yaguareté**

Más conocido en Brasil como *onça pintada*, el *yaguareté* o *Panthera onca*, toma su nombre del tupí *yaguareté*, formado por *yagwuára* ‘jaguar’ y *eté* ‘verdadero’. En español es conocido como ‘jaguar’, ‘yaguareté’, ‘onza’ o ‘tigre americano’. Evidentemente el uso del fonema /x/ se debe a una españolización del fonema /ʒ/ del portugués o del francés<sup>99</sup>, lenguas que lo tomaron del guaraní y lo representaron con <j>.

A pesar de que su presencia se ha reducido en el Uruguay durante el siglo XX, el animal era temido a fines del siglo XIX, época en que Monegal ambienta sus historias, como depredador de ganados y caballadas, y constituía una amenaza para el propio hombre. Animal no gregario, que no vive en grupos excepto la hembra con sus crías, era visto por los paisanos como paradigma de la soledad, según sugiere el personaje Trifón Menchaca en el cuento que lleva su nombre<sup>100</sup>: *Pero, pa llegar a eso habría que haberle quebrao el cuerpo a los plomos de los policianos, y a los del mismo capitán Camejo, que sabe ser viviente pior que té de batatilla. Y tuito esto viviendo a lo yaguareté por acá y a lo zorro guasquiaio por allá... es verdá...*

### **yimbo**

<sup>96</sup> *El tropero macabro y otros cuentos*, p. 15.

<sup>97</sup> *Ibid.* p. 82.

<sup>98</sup> *Ibid.* p. 43.

<sup>99</sup> <http://atilf.atilf.fr>. *Trésor de la Langue Française Informatisé.*

<sup>100</sup> Cuento ya mencionado en ‘Nivel morfosintáctico’ y en la entrada **lamber**.

En el español del Uruguay, ‘yimbo’ equivale a ‘muleque’, que a su vez significa niño ‘negro o mulato’, conforme registra el DEU (2011). Según Bouton (2009:47 [1961]), *entre negros jóvenes es común llamarse así unos a otros*. En el portugués de Brasil, *moleque* viene perdiendo la connotación étnica que, aun así, todavía aparece en algunos casos.

No obstante, no hallé registro de la homonimia *jimbo/moleque* en los diccionarios brasileros enumerados en la bibliografía, en los que *jimbo* o *zimbo* equivale a dinero, como vemos en este trecho de *O Mulato*, de Aluísio Azevedo<sup>101</sup>: *Honesto e inteligente é isto. E com os dedos fazia sinal de dinheiro. —Tenha eu o jimbo seguro acrescentou, e bem que me importa a boca do mundo. (Honesto e inteligente es esto. Y con los dedos hacía un gesto que significaba dinero. Si yo tengo el yimbo seguro, poco me importa lo que diga la gente.*

La palabra brasilerá *Jimbo* o *zimbo* proviene del quimbundo *njambu* ‘bucio’ que es el nombre de un marisco cuya concha fue utilizada alguna vez como moneda en el antiguo reino del Congo (Houaiss 2009) o en Angola (Da Cunha 1997).

Sin embargo, Ortiz Oderigo<sup>102</sup> supone que ese no sería el origen del *yimbo* rioplatense, sino que este provendría del quimbundo *jimbo*, que significa ‘pequeño’, y habría sido aplicado a los niños negros en el Río de la Plata. Laguarda Trías (1969), por su parte, analiza ‘yimbo’ en la novela *Juan María*, de José María Delgado y en *Nativa*, de Eduardo Acevedo Díaz, en este último caso, bajo la forma ‘chumbo’, que estima equivalente. Este investigador, que considera *yimbo* un auténtico afronegrismo rioplatense, aventura la hipótesis de que provenga de **munyinga**, aunque admite que, si ese proceso ocurrió, no ha dejado rastro alguno.

Creo que tal vez valga la pena considerar el regionalismo riograndense *ximbo*, que significa ‘caballo sin dueño’ o ‘individuo que evita el trabajo, vago’, de étimo desconocido, según Houaiss 2009. Nei Lopes (2003), que emplea la grafía *chimbo*, afirma que este término proviene del verbo quicongo *zimbwa*, *zimbala* ‘perderse, extraviarse’, que es precisamente lo que le puede haber ocurrido a un caballo sin dueño.

Monegal emplea el término en el cuento “De como el peón Fermín Perdomo fue el sargento Juan Guadalupe”<sup>103</sup> para referirse a un negro joven pero ciertamente adulto, puesto que tenía la tarea de transportar a un estanciero, sentado en una silla, que pesaba 135 kilos: *A veces le decían a este negro: —Cuando don Gadea muera, vas a tener que dirte con él pa cargarle la silla. Malaquías (que así se llamaba el yimbo), respondía: —No va a precisar silla en el cielo. Allí todo dijunto boya como tapón en l’agua.*

### 3. Consideraciones finales

<sup>101</sup> En <http://www.corpusdoportugues.org>, consultado el 27 de diciembre de 2011.

<sup>102</sup> Ortiz Oderigo, Néstor. Aspectos de la cultura africana en el Río de la Plata. Buenos Aires. Plus Ultra, 1974, mencionado por Coll (2010).

<sup>103</sup> El tropero macabro, p. 36.

Hemos visto cómo José Monegal recrea en sus cuentos un tiempo y una región donde es posible apreciar la rica peripecia de contactos lingüísticos que dio lugar a una isoglosa uruguaya, en cierta medida diferente de la argentina en función de un contacto más intenso con el portugués de Brasil.

Vimos también cómo, a pesar del exterminio de los pueblos indígenas, ellos dejaron su impronta en nuestra variedad lingüística no solamente en los topónimos sino en nombres botánicos y zoológicos compartidos en toda la región del Mercosur, e incluso en palabras de uso cotidiano que no reconocen fronteras nacionales, como no las conocían las poblaciones originarias.

Las lenguas africanas traídas por los esclavos ejercieron en nuestro territorio una influencia ciertamente menor que en Brasil, pero muchas de sus palabras están incorporadas en la variante nacional, ya sea que hayan sido dejadas por los negros esclavizados en la Banda Oriental o adquiridas por contactos de frontera y, en todos los casos, fortalecidas por el contacto con la lengua lusobrasileira, independientemente de la forma en que hubieran sido adquiridas.

La matriz ibérica común, que también se advierte en el lenguaje rural uruguayo con más intensidad que en las ciudades, queda fuera de este trabajo, pero cabe recordar que, más allá de los arcaísmos léxicos o morfológicos, los orientales hemos mantenido palabras y formas sintácticas ya olvidadas en España o, en algunos casos, las hemos readquirido, renovadas, después de que sufrieran cambios en su paso por Brasil.

La interacción de nuestra lengua con el portugués brasileiro es, para los lingüistas uruguayos, un terreno fértil y promisorio, ya fecundado por más de un siglo de laboriosas investigaciones, pero todavía rebosante de instigantes incógnitas.

## **4. Bibliografía**

### **4.1 Textos consultados**

Academia Argentina de Letras. *Diccionario del habla de los argentinos*. Buenos Aires: La Nación. 2003.

Academia Nacional de Letras. *Diccionario del español del Uruguay*. Montevideo: Banda Oriental. 2011.

Academia Nacional de Letras. *Mil dichos, refranes, locuciones y frases del español del Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental. 2003.

Academia Nacional de Letras. Alberti, Eugenia B. de, et al. *Diccionario documentado de voces uruguayas*. Montevideo: Universidad de la República. 1971.

Acevedo Díaz, Eduardo. *Nativa*. Montevideo. La Obrera Nacional, 1890.

Alonso, Amado. *Estudios Lingüísticos*. Madrid: Gredos. 1976 (Consultado en el CORDE el 2 de enero de 2012).

Azevedo, Milton M. *Vozes em branco e preto*. São Paulo: Edusp, 2003

Cano, Rafael et al. *Historia de la lengua española*. Madrid: Ariel. 2005.

Centre National de la Recherche Scientifique. *Trésor de la langue française informatisé*. <http://atilf.atilf.fr>.

Corominas, Joan y Pascual, José Antonio. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (6 T.). Madrid: Gredos. 1980.

Da Cunha, Antônio Geraldo. *Dicionário etimológico*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira. 1997.

De Castro, Yedda Pessoa. *Falares africanos na Bahia*. Rio de Janeiro: Topbooks, 2001.

Gobello, José. *Nuevo diccionario lunfardo*. Buenos Aires: Corregidor. 1994.

Granada, Daniel. *Diccionario rioplatense razonado*. Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, Vols. 25 y 26 [Prólogo de Lauro Ayestarán]. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. 1890 [1957].

Grimal, Pierre. *Dicionário da mitologia grega*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil. 2009.

Guarnieri, Juan Carlos. *Diccionario del lenguaje rioplatense*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental. 1979.

Houaiss, Antonio. *Houaiss 2009*. Editora Objetiva. Rio de Janeiro: 2009 (en CD-ROM).

Kühl de Mones, Úrsula. *Nuevo diccionario de uruguayismos*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 1993.

Laguarda Trías, Rolando A. "Afronegrismos rioplatenses". En *Separata del Boletín de la RAE*, Tomo XLIX, Cuaderno CLXXXVI, Madrid, 1969.

Lapesa, Rafael. *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos. 1981.

López Blanquet, Marina. *Uruguayismos*. Montevideo: A. Monteverde y Cia. S.A. 1992.

López, Brenda V. de. *Lenguaje fronterizo en obras de autores uruguayos*. Montevideo: Nordan Comunidad. 2.<sup>a</sup> edición. (1993[1967]).



Mieres, Celia, Miranda, Élida; Alberti, Eugenia B. de, Berro, Mercedes R. de. *Diccionario uruguayo documentado*. Montevideo: Academia Nacional de Letras. 1966.

Oliveri, Marcelo. *Antología de tangos lunfardos*. Buenos Aires. Ediciones Libertador. 2006.

Oreggioni, Alberto. *Nuevo diccionario de literatura uruguaya (2 T.)*. Montevideo: Banda Oriental. 2001.

Pereda Valdés, Ildefonso. “El negro en el Uruguay. Pasado y presente”, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay XXV*. Montevideo: 1965.

Raimundo, Jacques. *O negro brasileiro*. Rio de Janeiro: Record. 1936.

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa. 2001.

Real Academia Española. *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*. Madrid: Espasa. 1999. En DVD.

Saraiva, F. R. dos Santos. *Novíssimo dicionário latino-português*. Rio de Janeiro: Livraria Garnier. 1927.

Teruggi, Mario E. *Panorama del lunfardo*. Buenos Aires: Sudamericana. 1979.

Urse, Juan C. et al. “Primera entrega : aceben, acebén o cola de zorro”, en *Revista de la Academia Nacional de Letras*. Montevideo, octubre de 2006, pp. 145 y ss.

## 4.2 Fuentes literarias

Acevedo Díaz, Eduardo. *Nativa*. Montevideo: La Obrera Nacional, 1890

Alencar, José de. *O gaúcho*. Edições de Ouro. Rio de Janeiro. 1966.

Fonseca, Roberto. Porto Alegre. Editora Age. Ltda. 2002

García, Serafín J. *Las aventuras de Juan el Zorro*. Montevideo, Kapelusz, 1979

Güiraldes, Ricardo. *Cuentos de muerte y de sangre*. Buenos Aires: Losada, 1958.

Instituto Teológico del Uruguay. *La Iglesia en el Uruguay*. ITU, 1978, p. 91.

Jauretche, Arturo. *Los profetas del odio*. Buenos Aires: Ediciones Tráfico. Buenos Aires. 1957.

Monegal, José. *Cuentos*. Montevideo: Librería Blundi. 1966

“ “ *Cuentos escogidos*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental. 1967.

“ “ *Nuevos cuentos*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental. 1967.

“ “ *El tropero macabro y otros cuentos*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental. 1967.

Viana, Javier de. *Potros, toros y aperiases*. Montevideo: Claudio García, 1923